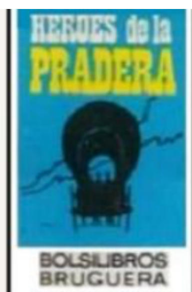
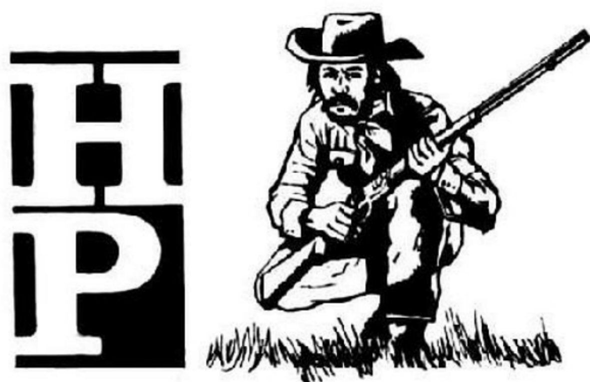




SILVER KANE

CANCION PARA UN ASESINO





HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

CANCION PARA UN ASESINO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 569
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 27.386 – 1980

Impreso en España – Printed In Spain

2ª edición: noviembre, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

La población se llamaba Meridian y se encontraba situada en el estado de Mississippi, muy cerca de la frontera del Estado de Alabama.

El hombre que llegó a ella al anochecer venía de sitios mucho peores que la ciudad que ahora tenía ante los ojos, castigada por la guerra. Venía de sitios que nadie hubiera querido ni imaginar. Pero nada de ello se notaba en su expresión pétrea, que era como la expresión de una esfinge.

Leyó el gran cartel a la entrada de la ciudad:

> «Forastero: Meridian ha sido declarada zona neutral con motivo del próximo canje de heridos y prisioneros. Guarda la paz mientras estés en ella, o las leyes te serán aplicadas con todo rigor. Aquí no nos importa ahorcar a un hombre».
>
> «Para que tú entrada aquí sea legal, debes presentarte al *sheriff*».

El hombre arqueó levemente una ceja, mientras paseaba su mirada por la ciudad.

Zona neutral…

No siempre había tenido la misma suerte. Un ataque de la artillería nordista había reducido a escombros gran parte de una de sus calles. Las cosechas habían sido destruidas en gran parte a causa de los incendios. La torre de la única iglesia, a punto de derrumbarse, mostraba sus dos campanas desnudas.

El forastero echó un poco para atrás el ala de su sombrero y entró en la ciudad al trote corto.

Un hombre le cortó el paso.

Salía de un saloon, y por lo que parecía, estaba muy alegre.

Llevaba aún una botella en la mano.

—Eh, forastero… Deténgase.

Las facciones de piedra del recién llegado no se alteraron ni una centésima de pulgada.

—¿Qué? —preguntó.

—Soy el ayudante del *sheriff*.

—Pues con esa botella en la mano, no lo parece.

—Hoy es mi día libre. Tengo derecho a divertirme.

—Ah, bien…

Para convencerle de que era una autoridad, el otro se ladeó un poco el chaleco, mostrando la estrella que estaba sobre la camisa.

Debe presentarse a mi jefe —dijo—. No le perdonará si usted entra ilegalmente en la ciudad.

—Pensaba hacerlo. Ya he leído el cartel.

—Pero, si quiere, puede beber un trago antes. No pretendemos que ésta sea una ciudad maldita, sino todo lo contrario.

—Gracias. De momento no tengo sed.

—¿Cuál es su nombre?

—Kid.

—Kid… Kid… Me suena de algo.

—Es muy fácil. Buenas noches.

Y siguió su camino.

Miraba a todas partes, pero nada parecía impresionarle. Sus facciones seguían estando talladas en piedra.

Detuvo su caballo ante un amarradero donde ya había otros, y se apeó lentamente.

Un oficial del Sur, al que faltaba un brazo, y cuyo uniforme estaba ya muy raído, cargaba dificultosamente una pipa. Desde el porche, le contempló mientras amarraba el caballo.

—¿Es usted uno de los médicos que ha de llegar? —preguntó.

—No, no lo soy.

—Ah, ya me parecía a mí… Lleva demasiado visible el revólver.

El forastero no contestó, pero el oficial sudista parecía tener muy pocas cosas que hacer, aparte de hablar y cargar su pipa. Murmuró:

—Ya habrá leído que ésta es ciudad neutral. En ambos bandos se pusieron de acuerdo para efectuar aquí un canje de heridos y enfermos. Pero de eso hace quince días y todavía no ha llegado

nadie. En cambio, esto se va llenando de gente rica que cree tener aquí más segura su fortuna. Y, naturalmente, también se va llenando de pistoleros que han olido la plata.

Señaló el Banco, que estaba muy bien vigilado.

Dos hombres con aspecto de tiradores profesionales, llevando cada uno un rifle bajo el brazo, paseaban incesantemente ante el edificio, arriba y abajo.

Pero también se veía merodear por allí a individuos que tenían aspecto de profesionales en otro estilo.

Auténticos pistoleros, quizá desertores de los dos ejércitos, que habían creído encontrar allí su fortuna, al menos durante los días en que durara aquella tregua.

El oficial mutilado continuó:

—Ese Banco que ve ahí ha visto aumentar sus reservas de dinero en un dos mil por ciento. Y todo eso, en diez días. Por eso pienso que esto no es lo que parece. Cualquiera diría que es una ciudad tranquila, y en cambio es un barril de pólvora con la mecha encendida. Lo que ocurre es que la mecha es larga… Vaya con cuidado, forastero.

—Yo no he de preocuparme. No tengo dinero que perder.

—Tenían que haber puesto la ciudad bajo control militar. Pero como los generales no se ponían de acuerdo en eso, dejaron toda la autoridad a un civil, al *sheriff* Buchanan. Y me temo que esto se le escape de las manos.

—¿Por qué? ¿Buchanan no es bueno?

—Sí que lo es. Y enérgico. No le importa ahorcar a quien sea. Pero cualquier día le pueden clavar una bala por la espalda, y entonces… Hala, vaya a verle.

—Eso pensaba hacer. ¿Dónde está su oficina?

—Allí.

Y le señaló un edificio iluminado por dos faroles, sobre cuya puerta había un cartel que no podía leer a aquella distancia.

—Dentro de poco esto ha de llenarse de heridos y enfermos de los dos bandos, así como de médicos para atenderles —dijo el mutilado—. De heridos que aún están peor que yo… Pero mientras tanto, ¡vaya con cuidado, forastero!

Y añadió:

—¿Cuál es su nombre?

—Kid.

—Kid… Eso me recuerda a alguien.

—Seguro… —dijo el forastero.

Y se dirigió a la oficina del *sheriff*, al sitio que le habían indicado. No se dio demasiada prisa.

Porque estaba seguro, absolutamente seguro, de que el *sheriff* Buchanan sí que le recordada.

Cuando él entró en la oficina, el *sheriff* estaba de espaldas, revisando los rifles del armero. Oyó los pasos del que llegaba y dijo mecánicamente, sin volverse:

—Siéntese.

Kid no se sentó.

Sus labios se entreabrieron apenas para decir:

—Buenas noches, Buchanan.

El *sheriff* reconoció la voz. La reconoció al instante. Y se volvió en fracciones de segundo, con las facciones lívidas, mientras murmuraba:

—Imposible…

Durante unos instantes, los dos hombres se miraron fijamente. Ninguno de ellos tocó sus armas porque sabía lo rápido que era el otro.

Pero Buchanan estaba en su terreno, y lo sabía. Era él quien podía pedir ayuda en cualquier momento. No así Kid. Kid se había metido en la boca del lobo, aunque no comprendía por qué.

—¿De dónde sales? —musitó.

—Del penal de Yuma.

—¿Hasta allí…, te llevaron?

—No sé por qué le extraña. Usted me detuvo para eso.

—Ignoraba dónde se cumpliría la pena de muerte.

—Pues la iban a cumplir en Yuma —dijo Kid, con los dientes apretados—. Sí, allí, en la cárcel más piojosa de toda la Unión. Ya tenía casi la cuerda al cuello cuando logré escapar. Le extraña, ¿verdad? Un perro rabioso como yo… ¿Cómo pudieron los guardianes cometer la tontería de descuidarse un minuto? Pero Yuma no es una prisión tan segura como parece. Hay allí demasiada gente y no se puede controlar a todo el mundo.

El que ahora rechinó los dientes fue Buchanan.

Miraba a Kid como si no acabase de creerlo.

—Yo te detuve… —musitó—. Yo estaba delante del tribunal cuando te condenaron a muerte por asesinato… Yo…

—Le parecerá un sueño verme aquí, ¿verdad?

—¡Todo esto es increíble, absurdo! ¡No tiene sentido!

—Claro que lo tiene. He huido de Yuma y estoy aquí. ¿No le parece bastante?

—¿Por qué…, por qué has venido a Meridian? Hubiera sido más lógico tratar de pasar a México.

—Esperaban que lo hiciese, y la frontera estaba muy vigilada. Demasiado vigilada. Lo ha estado durante toda la guerra.

—Y un gusano como tú…, ¿por qué no se arrastró hacia las Rocosas, por ejemplo, o hacia Sierra Nevada, en cuyos vericuetos hubiera estado más seguro?

—También me hubiesen buscado allí. Tenía que hacer algo que los otros no sospecharan.

—¿Adonde pretendes llegar?

—A la costa atlántica. A Filadelfia o a Nueva York, por ejemplo. Esta guerra, que ya dura cuatro años, terminará un día y entonces todo el país se reunificará de nuevo. Allí no me buscarán.

Buchanan esbozó una sonrisa.

Tenía que aceptar la realidad increíble: Kid se había fugado de Yuma. Pero el resto del plan le seguía pareciendo absurdo.

—¿Por qué te has presentado a mí? —preguntó.

—A la entrada de la ciudad había un aviso que lo indicaba.

—Tú siempre has tenido muy buen humor, Kid. Y lo sigues teniendo… Pero demasiado tal vez.

—Se equivoca, Buchanan. Soy el tío más serio que ha puesto los pies en la ciudad desde que ésta se fundó. La gente dice que tengo cara de piedra.

—Y corazón de piedra también, Kid… Has matado a tantos hombres que ya debes haber perdido la cuenta. Pero dices que tratas de ir a Nueva York. Muy bien. Y allí, ¿qué harás? Tú eres un salvaje pistolero del Oeste. Y allí en la gran ciudad, entre bloques de piedra, entre calles rectas, sin una maldita montaña y sin una diligencia que asaltar, ¿qué va a hacer un asesino?

Ahora el que rió fue Kid. Rió de tal modo que se secó instantáneamente la sonrisa de los labios del *sheriff*.

—Llegaré a Nueva York con dinero —dijo Kid—. Me han informado de que en esta ciudad hay magníficas oportunidades… y yo trataré de aprovecharlas.

Buchanan palideció. Palideció mortalmente.

—De modo…, ¿de modo que has venido aquí a «trabajar»?

—Y tanto…

Buchanan no dudó más.

Durante aquellos instantes, mientras hablaban, no había perdido el tiempo. Había acercado tanto los dedos de la derecha a la culata del revólver que casi la tocaba cuando pronunció las últimas palabras.

¡Y sacó!

Con Kid no podía permitirse uno vacilaciones. Cualquier cosa menos perder el tiempo.

Fue a tirar a matar.

¿Por qué guardar consideraciones con un asesino?

Pero el asesino demostró que también había estado atento y que también conocía el terreno que pisaba. Eso era lógico. Lo que ya no parecía tan lógico fue la rapidez diabólica de que hizo gala. Buchanan oyó un disparo y se encontró de pronto en la mano con un revólver que no tenía cañón. El plomo de Kid lo había segado limpiamente, mientras él no había conseguido aún ni poner el «Colt» en línea de tiro.

Kid dijo sombríamente:

—Menos prisa, *sheriff*… Usted siempre ha corrido demasiado. No he venido aquí a matarle, sino a pasarme la vida. Dicen que el mejor consejo es el que viene del enemigo, y yo voy a darle uno: olvídese de mí. No se caliente los cascos. Esto se ha llenado de pistoleros y de desertores contra los que veo difícil que pueda hacer nada. Pues inclúyame entre ellos. Soy uno más. Si quiere seguir viviendo, eso es lo mejor que puede hacer un hombre como usted.

Buchanan estaba lívido.

Nunca le habían amenazado así.

¡Es su despacho y en plena cara!

Kid dio media vuelta y salió.

No había llegado a la puerta cuando Buchanan, impulsivamente, llevó la derecha al cajón, donde conservaba otro revólver.

Pero no llegó a sacarlo.

De pronto se encontró encañonado por el ojo negro del «Colt», que Kid asomaba por debajo de su codo izquierdo.

—Tate, tate, *sheriff*… —musitó—. No se aficione.

Y salió tranquilamente a la calle, sobre la que ya habían caído definitivamente las sombras de la noche.

CAPÍTULO II

Si bien el *sheriff* Buchanan tenía plena autoridad sobre la ciudad de Meridian y sus aledaños, dependía de un inspector general nombrado de común acuerdo por los dos gobiernos en guerra, y el cual servía además de enlace con las autoridades militares de ambos, hasta que el canje de enfermos y heridos se hubiese efectuado. Buchanan tenía que comunicar por telégrafo a ese inspector todas las noticias importantes que se produjesen.

Y la llegada de Kid era una noticia importante. Tanto que puso un telegrama expresamente para eso.

> «Un asesino llamado Kid, al que usted debe recordar, se ha fugado de Yuma. *Stop*. Atravesando todo el país, ha llegado a Meridian. *Stop*. Su propósito es cometer atracos en la ciudad, aprovechando la brusca afluencia de dinero que se ha producido en ésta. *Stop*. Por mis propios medios no puedo capturarlo. *Stop*. Autoríceme a reunir voluntarios para acabar con él. Firmado: Buchanan».

Buchanan era un hombre disciplinado. No quería organizar allí una verdadera tropa sin pedir permiso antes.

La respuesta le llegó una hora más tarde, también por telégrafo. El *texto* estaba cifrado, pero él lo pudo leer fácilmente.

> «Los generales Grant y Lee se van a reunir en secreto muy cerca de esa ciudad, aprovechando haber sido declarada zona neutral. *Stop*. Le recuerdo importancia extrema de esas conversaciones que podrían derivar en un fin de guerra. *Stop*. Si los dos generales se ponen de acuerdo, habrá otra reunión,

> ahora sin secreto, y se firmará un tratado de paz. *Stop*. Le recuerdo también que el declarar a Meridian zona neutral de canje fue un pretexto para dar motivo a esa reunión, por lo cual todos los esfuerzos de usted —repito, todos—, deben estar encaminados a vigilar a la gente e impedir que alguien pueda estorbar esa conferencia. *Stop*. Un asesino como Kid no importa. Mátelo si puede, pero no se distraiga con él. Firmado: Perry».

Cuando Buchanan recibió el telegrama respuesta, apretó los labios con contrariedad. La cosa estaba clara.

Había para él cosas más importantes que la presencia de un asesino en Meridian.

Pensó, tratando de consolarle: «Bueno, al fin y al cabo tal vez me haya alarmado en exceso. Quizá Kid no piensa matar».

Pero se equivocaba.

Porque Kid pensaba matar.

Había venido para eso.

La mosca aterrizó en la calva del dueño del hotel, que dormía sobre el libro registro, causándole un sobresalto. Pero no fue eso lo que le despertó.

Lo que le despertó fue el brusco movimiento del hombre que estaba ante él, haciendo sonar el timbre de llamada.

El hotelero dio un brinco.

—Eh… ¿Qué pasa?

Vio ante él unos ojos helados, unas facciones que diríase estaban talladas en piedra.

—¿Quién es usted?

—Quiero una habitación —dijo Kid.

—¿Ya se ha presentado al *sheriff*?

—Y tanto…

Y Kid volvió hacia él el libro registro, disponiéndose a escribir. Anotó en las diversas casillas:

Nombre: Kid. Procedencia: Penal de Yuma. Profesión: Asesino.

Y giró el libro de nuevo.

El hotelero tenía una cara muy extraña. Era una cara que le

había quedado de color verde.

—¿De… de veras se ha presentado al *sheriff*? —balbució.

Kid repitió:

—Y tanto…

—¿Él qué le ha dicho?

—No ha podido decir nada.

—¿Lo… ha matado?

—Casi.

El hotelero decidió no preguntar más.

Ya había bastante.

Tendió una llave al forastero mientras susurraba:

—Es la mejor habitación. Todo el mundo la quiere. Cada vez que llega un pistolero nuevo, mata al anterior ocupante y se queda él. Pero no sé si a usted se atreverá a matarle alguien… amigo.

Kid tomó la llave.

—Que lo prueben.

—Bu… buenas noches.

Kid se dirigió hacia la escalera. Pero antes de poner los pies en el primer peldaño, se volvió para preguntar:

—Quizá usted lo sepa. ¿Me contestaría a una cosa?

—Yo…, yo lo sé todo.

—Entonces, ¿dónde está Marian Graw?

El hotelero pasó del color verde al color violeta. Y luego, con una extraña mutación, se fue volviendo blanco poco a poco.

—Yo no sé nada de Marian Graw —musitó.

—Me ha dicho que lo sabía todo.

—Hay algunas cosas… que no.

Kid produjo un chasquido con los labios.

Y siguió subiendo.

Cuando estaba en el primer rellano, aún a la vista del hotelero, murmuró:

—Quiero que me preparen un baño. Quiero una bañera llena de ron.

Y desapareció en lo alto de las escaleras.

Hacia las diez, salió de nuevo a la calle. Era la «hora punta» de la ciudad de Meridian. Las calles estaban llenas, aunque la mayor parte de los transeúntes inspiraban poca confianza. Quizá por eso los vigilantes del Banco ya no eran dos, sino cuatro.

También los vigilantes del Banco inspiraban poca confianza. Se notaba que estaban dispuestos a disparar contra cualquiera que se acercase, aunque fuera a pedirles lumbre. Quizá por eso el porche del Banco estaba más vacío que el desierto Mojave.

Kid pasó de largo.

Aquello parecía importarle poco.

Fue hacia el saloon más importante de la ciudad, que estaba abarrotado de público, músicas y luces. La que un día fue tranquila ciudad del Sur, se había transformado en algo tan típico —y también tan violento—, como cualquiera de las ciudades ganaderas situadas más al Oeste. Se veían revólveres en abundancia y también muchachas ligeras de ropa. No hay que decir que la gente se fijaba en las chicas ligeras de ropa.

Una de ellas cantaba en el escenario, acompañada por un pianista que tenía unos ojos como platos. Cosa lógica, si se tiene en cuenta que era el que veía las piernas de la chica más de cerca.

La muchacha era literalmente sensacional.

Era una diosa.

No se comprendía cómo podía haber llegado hasta Meridian, al fin y al cabo una población perdida de Mississippi, a no ser empujada por los avatares de la guerra.

Kid entornó los párpados.

La miraba fijamente desde la barra.

¿Sus ojos, su cara?

¿O simplemente no miraba nada? ¿Simplemente escuchaba la canción, que llenaba nostálgicamente el saloon?

La canción decía:

> En las redes de mi amor
> quedó un vaquero atrapado.
> Por mi mató y fue un tahúr
> de chaleco floreado.

Ciertamente la letra no era gran cosa. Era como tantas y tantas letrillas que daban la vuelta al Sur y luego llegaban hasta los últimos rincones del Oeste.

Pero Kid la escuchaba con atención.

Con una extraña atención incluso.

La música era alegre y pegadiza. Algunos de los presentes la

corearon.

Pero no sabían ni lo que cantaban.

La gran atracción era la chica.

Cuando ella terminó, giró sobre sí misma y produjo un gran revuelo de faldas —con la exhibición que es de suponer—, los clientes se pusieron a aullar.

La exhibición les había sabido a poco.

Ni siquiera habían llegado a enterarse bien de si las medias eran más oscuras por arriba que por abajo.

Pidieron que se repitiera.

La chica apareció de nuevo, pero no cantó. Se limitó a dar un gran salto de lado a lado del escenario, con las piernas al aire, demostrando que además de cantar bien, era una gran bailarina. Los aullidos de entusiasmo estuvieron a punto de hundir el saloon.

Alguien murmuró junto a Kid:

—La canción es nueva… Empezó a cantarla ayer.

Kid no hizo el menor gesto, como si aquello no le importase.

Simplemente se introdujo un largo cigarro entre los labios.

Salió sin encenderlo.

La ciudad seguía estando en su mejor hora. O en la peor, según como se mirase. Algunos agentes del *sheriff* paseaban por el centro de la calle principal, con el rifle bajo el brazo.

Pero se notaba que estaban allí sólo para vigilar, no para buscar a alguien en concreto. No molestaron a nadie, y a él tampoco. Kid siguió andando.

Al fondo de la calle principal destacaba un gran local adornado con letreros rojos y con luces de pálido color amarillo. En los letreros rojos había grandes letras doradas:

«GAMBLING, GAMBLING»

Era una casa de juego, la más importante de Meridian y quizá la más importante de Mississippi.

Kid entró.

El silencio era total en la sala. Daba la sensación de que hubiera podido cortarse con un cuchillo. Allí se jugaba y nada más. En ocho o diez mesas verdes, los naipes, bajo la luz concentrada de las lámparas, repartían la fortuna. Daba la sensación de que la guerra estaba muy lejos, de que la guerra no había existido nunca.

Kid suspiró hondamente.

Aquello sería el Sur, aquello sería el Oeste cuando la contienda civil terminase: jugadores, pistoleros, vaqueros y asesinos profesionales. La historia del Oeste se escribiría con sus tintas más violentas. Pero Kid pensó que la guerra era peor.

Fue a sentarse a una de las mesas.

Alguien se acercó a él.

Era un tipo alto, muy alto, de casi dos metros de estatura. Y su anchura estaba proporcionada, de modo que era un verdadero hércules. Llevaba una elegante levita negra, un pantalón gris y un chaleco blanco. No ostentaba armas visibles, pero bajo la levita bien cortada se insinuaba claramente el bulto del «Derringer».

Detuvo a Kid.

—Forastero —dijo.

Kid mostró un poco la lengua entre los dientes.

—¿Qué? —preguntó.

—No haga eso.

—¿Por qué?

—Se la partiré.

—¿La lengua?

—Sí. De un puñetazo.

—No parece usted muy amable, amigo —susurró Kid—. Yo sólo he venido a jugar.

—A eso me refiero.

—Pues no le entiendo.

—Yo sí. Tiene que enseñar primero la pasta. No queremos aquí pordioseros ni indeseables. Ni gente que en cuanto pierde cien dólares se pone a llorar.

Kid sonrió, mientras paseaba una mirada en torno suyo.

—Comprendo —dijo—. Aquí todos son caballeros y gente bien.

—Sí. ¿Y usted?

—También.

—A ver la pasta.

Kid ignoró al gigante.

Pasó de largo y se sentó a una mesa donde quedaba un sitio libre, otros tres jugadores.

Éstos le miraron con curiosidad.

—Amigo —dijo el más gordo y reluciente, al cabo de unos

minutos de silencio—. ¿A qué juega?

—A la carta más alta.

—Eso me parece muy bien, aunque es un juego arriesgado, porque se pierde o se gana con demasiada rapidez. ¿Qué cantidad pone?

—Un dólar.

El gordo se quedó más verde que la mesa.

—¿Qué dice?

—Perdón —murmuró Kid—. No debí haber olvidado su advertencia. Me acaba de decir usted que es un juego arriesgado y que se pierde con excesiva rapidez. Siendo así, no picaré tan alto. Arriesgo cincuenta centavos.

Las facciones del gordo pasaron del color verde al color violeta.

Dijo con un soplo de voz, escupiendo las palabras:

—Lárguese, miserable. Ensucie con su roña otras sillas que no sean éstas. No sé cómo le han dejado entrar aquí.

El gigante estaba ya detrás de Kid.

Puso una mano sobre la espalda de éste.

—No le he dejado entrar, señor Robinson —murmuró—. Él se ha colado solo, pero la situación tiene fácil remedio. Hala, tú, cargado de tiña, lárgate.

Kid se puso en pie poco a poco.

Era tan alto como el gigante, aunque menos corpulento. Se adivinaba, no obstante, que su desventaja en peso era ventaja en agilidad y destreza.

—No estoy cargado de tiña —musitó Kid—. Mis ropas están limpias, y mi piel también. Me he bañado hace apenas una hora, y además en una bañera llena de ron.

—Te lo habrás bebido todo…

—No. Me he dejado la mitad para mañana.

El gigante masculló:

—Lo siento por ti, muchacho. Vas a salir sin pantalones. Vas a ir a parar en calzoncillos al centro de la calle.

—Creí que era usted sólo el portero —susurró Kid—, pero veo ahora que además es usted el matón.

—¡Soy lo que me da la gana!

—Está bien, no voy a discutir eso. Ya me largo.

Y fue a salir, pero el otro le detuvo con su poderosa izquierda, al

mismo tiempo que tendía la derecha.

—Se olvida de algo, amigo.

—¿De qué?

—Sus pantalones. Démelos.

Kid sonrió.

Su sonrisa era helada.

—Tiene mal gusto, amigo. Yo preferiría, por ejemplo, la ropa de una chica.

Los dientes del gigantón chirriaron.

—Está bien, usted lo ha querido. Ya ha armado demasiado jaleo aquí. Se los quitaré después de muerto.

Kid seguía enviando al aire su sonrisa helada.

—¿Qué va a hacer, matón? ¿Emplear ese «Derringer» que se le marca tanto debajo de la levita, para asustar a los que pierden?

—Voy a hacer algo más sencillo. Le abriré en canal. Soy especialista en eso.

Y movió la derecha.

Fue sin previo aviso.

De la manga de la levita, como si fuera una carta falsa, surgió la lengua de acero de un cuchillo «Bowie». Lanzó el tajo directo y seco, en fracciones de segundo, en línea recta hacia el corazón de Kid.

Otro hombre menos experto hubiera acabado sus aventuras allí mismo. El movimiento de la lengua de acero fue casi imposible de seguir. Pero Kid había aprendido todos los trucos de labios de los más crueles cuchilleros de Yuma.

E incluso antes de ir a Yuma.

Apenas el otro había empezado a moverse, cuando ya él saltaba hacia atrás. Fue un movimiento fulminante, seco, un movimiento que le libró de la muerte por fracciones de segundo. Aun así el «Bowie», al fallar el golpe y subir hacia arriba como una exhalación, le arañó la mandíbula, produciendo en ella unas gotas de sangre.

En el local se oyó un solo y unánime grito, surgido de docenas de gargantas a la vez. Los de la mesa más cercana la volcaron para retirarse a tiempo. El dueño del local, que debía conocer muy bien a su matón, dijo aburridamente:

—Preparen un ataúd para el forastero. De los baratos…

Pero Kid no parecía dispuesto a dejarse encerrar en una caja

mortuoria, ni barata ni cara. Dio un nuevo salto hacia atrás, resbaló sobre la mesa volcada, su cuerpo se arqueó en una vuelta de campana y terminó resbalando espectacularmente sobre las tablas enceradas del suelo. Sonaron nuevos gritos, esta vez de entusiasmo, porque se adivinó que el forastero no iba a ser presa para el matón.

Kid alzó una de sus piernas, sin levantarse aún, mientras elevaba la derecha hacia la caña de una de sus cortas botas tejanas.

Era un cuchillo de hoja más bien chata, pero terriblemente afilada, capaz de cortar de un solo tajo el cuello de un hombre.

El matón se lanzó hacia él.

Se había puesto furioso al ver que le presentaban combate, cuando creía que todo iba a ser tan sencillo. Lanzó dos salvajes tajos al aire, inclinando el cuerpo. Si Kid no llega a resbalar de nuevo sobre las tablas enceradas, le hubiera dejado clavado allí mismo.

Pero Kid no era de los que se están quietos esperando a que los acuchillen.

Dio de nuevo una vuelta de campana que hubiera hecho palidecer a un equilibrista.

El matón lanzó un rugido.

Atacó de nuevo.

El «Bowie» arañó de nuevo la misma mejilla de Kid, pero éste lanzó su contragolpe. Fue un contragolpe cruel y eficaz. Buscó la axila derecha de su enemigo.

Al sentir la hoja de acero debajo del hombro, el matón lanzó un alarido. Intentó saltar hacia atrás para que se le desclavara sola.

Pero Kid la había desclavado antes.

No podía hacer nada teniendo ocupado el cuchillo.

Lo retiró de un tirón seco, hizo con él un quiebro y cortó con la hoja de acero la retirada a su enemigo. La cortó de tal modo que encontró en el camino, como si viniera a su encuentro, el corazón de éste.

El matón lanzó un rugido.

Se tambaleó.

Cuando Kid retiró el cuchillo, ya no tenía delante más que un cadáver.

En la casa de juego se había hecho de pronto un terrible silencio. Un silencio que casi angustiaba. La gente había contenido incluso la respiración.

Durante unos instantes nadie se movió. Nadie, ni siquiera Kid. De su cuchillo tan quieto como si fuera el de una estatua, goteaba la sangre.

Al fin alguien se movió.

Era uno de los médicos de Meridian, quien dedicaba a jugarse los cuartos las horas que no dedicaba a matar a sus clientes. Se inclinó sobre el caído y le desabrochó el chaleco para ver la herida.

Pero allí había poco que comprobar. O mucho.

—Es mortal —dijo—. No se puede hacer nada por él.

Kid seguía estando muy quieto. Tenía los ojos clavados en el chaleco blanco de su víctima.

Era un chaleco sólo blanco por un lado. Por el lado interno, por el del forro, era un chaleco floreado.

En el tenso silencio que llenaba el local, se oyó una sola palabra:

—Asesino…

Era la chica que había cantado en el saloon. Era la muchacha de las piernas preciosas, que ahora estaba allí.

Kid salió del local. Pasó por su lado sin mirarla.

CAPÍTULO III

El dueño del hotel seguía dormitando sobre su libro registro. La misma mosca se disponía a aterrizar en su calva. O quizá era otra, que buscaba la pista de la primera.

Kid hizo sonar el timbre de llamada.

Y otra vez el hotelero se sobresaltó, dando un brinco.

—¡Diablos! ¿Qué pasa?

—Quiero saber si alguien ha preguntado por mí mientras estaba ausente —murmuró Kid.

—No. No ha… no ha preguntado nadie.

—Pues está usted muy pálido. ¿Ha sido por el susto?

—Es que no ha preguntado nadie por usted, pero…, pero me parece que preguntan ahora.

Miraba hacia la puerta.

Era verdad que preguntaban.

Y de qué modo…

El *sheriff* Buchanan, acompañado de dos ayudantes, se encontraba en el umbral. Y los tres llevaban ya los revólveres fuera de las fundas.

Kid musitó:

—Vaya… ¿Pero por qué se ha molestado, *sheriff*? Si de todos modos pensaba pagar la cuenta…

—Acabas de matar a un hombre, Kid.

—¿Lo ha visto?

—He entrado en el momento en que lo despachabas. No he podido hacer nada por impedirlo.

—En ese caso se habrá dado cuenta de que el matón de la casa de juego había tratado antes de despacharme a mí.

—Claro que sí… Y por eso no daría demasiada importancia a una pelea de las que todas las noches ocurren aquí. Pero hay algo que me ha llamado la atención. Demasiado tal vez.

—¿Ah, sí, *sheriff*?

—Me ha llamado la atención aquella cancioncilla. Yo estaba en el saloon cuando Irma la entornó. La del tahúr y el chaleco floreado.

Kid parpadeó.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Cómo adivinó que el chaleco de aquel tipo era floreado por dentro, Kid? Por fuera parecía de un blanco impecable. Diga..., ¿cómo lo adivinó?

—Se notaba un poco por el borde. Pero no sé de qué demonios me está hablando, Buchanan.

—Usted entró allí para matar a aquel tipo. Y no sé por qué, pero me huelo que eso estaba relacionado de algún modo con la cancioncilla de Irma.

—Usted sueña, *sheriff*. Me parece que se ha tragado todo el ron que me dejé en la bañera. Aquel tipo me provocó sin que yo hiciese nada. Todos lo vieron.

Buchanan alzó un poco el revólver.

—Discutiremos eso en mi oficina, Kid.

—¿Quiere decir que estoy detenido?

—Trate de impedirlo.

Kid tenía las manos apoyadas en el mostrador tras el que estaba el dueño del hotel. Con los dedos jugueteaba en las hojas del libro registro.

—No trataré de impedirlo, *sheriff*... —dijo con voz suave—. ¡Lo estoy impidiendo ya!

Y lanzó el libro registro hacia adelante.

Lo hizo con tal perfección y con tal puntería que durante unas fracciones de segundo cubrió con él el campo de tiro de los revólveres enemigos. Éstos vomitaron plomo, pero las balas no hicieron más que destrozar el libro.

Inmediatamente rectificaron.

Pero Kid ya no estaba en el mismo sitio. Materialmente había desaparecido en el aire. Estaba tras el mostrador de recepción del hotel, pero ni el *sheriff* ni sus ayudantes lo habían visto.

Por un momento pensaron estar soñando.

Claro que todo era posible en un hombre que había logrado huir del penal de Yuma.

Uno de los ayudantes aulló de pronto:

—¡Allí!

Corrió hacia detrás del *comptoir*. Hizo un quiebro con el cuerpo, porque adivinaba el peligro, pero no llegó a evitar la bala.

De pronto giró sobre sí mismo, mientras soltaba el revólver y se llevaba la mano derecha al brazo izquierdo.

—¡Maldito!

El *sheriff* masculló:

—¡Idiota! ¡Síguele! ¡Solamente te ha herido! ¡Lo que tienes en el brazo es salsa de tomate!

Todos se lanzaron hacia allí, sin importarles los nuevos balazos. El comptoir saltó materialmente por los aires. Pero Kid ya no estaba allí.

Detrás del mostrador había un pequeño hueco con una puertecilla. Sólo un hombre muy ágil hubiera podido pasar por allí, pero Kid acababa de conseguirlo.

El dueño del hotel estaba allí, acuchillado, temblando, sintiendo ya que su saliva sabía a plomo.

—No…, no tiren.

—¡No vamos a hacerlo, idiota! ¡Dinos sólo dónde lleva eso!

—Al… al cuarto de Mónica.

—¿Quién es Mónica?

Los ojos del hotelero se pusieron en blanco.

—Una criadita… ¡Y qué criadita, amigos! No sé si ustedes lo comprenderán, pero así no se entera mi mujer. Y yo, entre cliente y cliente…

—¡Cuernos, así me explicó por qué tanta gente se va sin pagar! —masculló Buchanan—. ¡Nunca estás en tu sitio! ¡Dinos qué otro sitio lleva al cuarto de Mónica!

—Por… por allí. Pero no le digan nada a mi mujer… Precisamente ahora que está aprendiendo a tirar con revólver…

Buchanan y sus dos hombres, incluso el herido, echaron a correr. Con un poco de suerte podrían cortar el camino al fugitivo.

El pasillo llevaba a una sola puerta. Saltaron sobre ella igual que tres tigres y la derribaron a la primera. De la puerta no quedaron más que unas pocas astillas temblando al viento.

La chica que se estaba tensando una media, sentada en la cama, lanzó un gritito.

Buchanan pensó que sí, que valía la pena.

Pero enseguida aulló:

—¿Dónde está?

—¿Quién?

¿Quién va a ser? ¡El tipo que ha entrado por ese agujero!

—¿Y a mí qué me explican? ¡El muy burro se ha largado por la ventana, sin hacerme caso! ¡Y eso que estaba así, como estoy ahora! ¡Con la pierna levantada! ¡Soy una desgraciada! ¡Por una maldita vez que por ese agujero entra un hombre que vale la pena!

Buchanan saltó hacia la ventana.

No encontró ante él más que la noche. La noche negra en la que brillaban las estrellas. ¡Y maldito si le importaban a él las estrellas ahora! ¡Lo que necesitaba era capturar a Kid, o mejor, clavarle una bala entre las cejas!

Pero eso ya era imposible.

El asesino se había escabullido.

Y Meridian era una ciudad con demasiados escondites para poder dar con él, al menos mientras durara la noche.

Volvió poco a poco al vestíbulo del hotel, mientras guardaba el revólver. Aquel de sus hombres que estaba herido se limpiaba con *whisky* puro el agujero de bala, tras restañarse la sangre.

—Si vuelve a aparecer por aquí, me lo indica —advirtió—. Pero procure que no se dé cuenta.

—A mí no me meta en líos, *sheriff*. No tengo ninguna obligación de jugarme la piel sirviéndole de chivato.

Buchanan comprendió que el otro tenía razón. Se encogió de hombros malhumoradamente.

—En cambio, puede que yo sirva de chivato a su mujer —dijo.

Pero ya sabía anticipadamente que eso no iba a servir de nada.

CAPÍTULO IV

Por la mañana, el *sheriff* Buchanan tenía los ojos cargados de sueño. Y con razón.

No sólo había buscado inútilmente a Kid, sino que la noche anterior le trajo otras preocupaciones. Fue Mike, su ayudante de más confianza, quien le recibió en la puerta de la oficina, cuando regresó a ésta desde el hotel. Mike estaba herido en una cadera, se sostenía difícilmente en pie.

—¿Pero qué infiernos ha pasado? —masculló Buchanan—. ¿Quién te ha clavado esa bala?

—Dracy…

Dracy era el peor asesino que tenía Buchanan en la cárcel. Esperaba ser juzgado junto con su compañero Cot.

—¡No me digas que ha huido! ¡Eso es imposible!

—Pues lo ha conseguido… Y Cot también… No sé quién les dio un revólver y me han sorprendido… Pero Cot lleva lo suyo. Le he alcanzado por lo menos en un hombro…

Buchanan se pasó una mano por la boca.

Empezaba a sentirse cansado.

Y tenía razón.

Dracy suelto, no sólo significaba un grave peligro para la ciudad, sino un peligro personal para él. Dracy había jurado matarle. El *sheriff* no podría pegar un ojo hasta que lo volviera a tener entre rejas.

Por eso, a la mañana siguiente, Buchanan estaba molido.

No sólo había buscado inútilmente a Kid, sino también a Dracy y a Cot. Sin conseguir nada.

Debían ser las nueve cuando se dejó caer sobre el sillón de su oficina ante la mesa. Puso sus pies en ésta y se atizó, para animarse, un trago de *whisky* de los que tumban a un caballo.

Los dos ayudantes que estaban con él también se sentaron. Y le

pidieron la botella.

Buchanan masculló, mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

—No hemos conseguido nada. He descuidado la vigilancia de la ciudad para perseguir a Kid y a esos dos malditos fugitivos de Dracy y Cot. Total para perder el tiempo…

—Me temo que seguiremos perdiéndolo, *sheriff*.

—¿Por qué?

—Esos tipos se esconden bien. Y lo peor es que Dracy ha prometido matarle. Tenga cuidado, Buchanan. Ese tipo es de los que cumplen sus promesas.

—Pero Cot está herido… No comprendo cómo ha sido tan difícil dar con su pista. Un tipo con una bala en el cuerpo no se oculta así como así…

De pronto dejó de hablar, mientras miraba asombrado hacia la puerta.

Sus palabras habían sido como una premonición.

Porque Cot, el herido, estaba en el umbral. Sujetándose el hombro izquierdo y con la camisa tinta en sangre.

—*Sheriff*… —masculló—. Tiene que… ayudarme.

—¿Qué haces aquí, maldito? ¿Y dónde está Dracy?

—No quería… dejar que me entregara… Por poco me mata. Es…, es un perro…

Y casi se derrumbó sobre uno de los asientos. Buchanan le puso en la boca el gollete de la botella de *whisky*, y el otro bebió con avidez.

—Sé que quizá me condenen a muerte, pero no puedo más… —murmuró Cot cuando estuvo de nuevo en situación de hablar—. Necesito ir al hospital… Hay un magnífico hospital en Meridian… Por favor, *sheriff*, lléveme allí…

Estaba muy pálido. Debía haber perdido mucha sangre y se le notaba al borde del agotamiento total.

Uno de los ayudantes miró significativamente al *sheriff*.

—Es cierto lo que dice. Hay que llevarlo al hospital o no se puede responder de nada.

—Lo que debería hacer es colgarlo de una cuerda —masculló Buchanan—. Pero, en fin, Cot no es el peor de los dos. El auténtico cerdo es Dracy. Llevaré a éste al hospital para que lo vea el médico.

Entre él y un ayudante, lo sujetaron por los hombros y salieron. El hospital estaba cerca. Había sido construido a toda prisa, en unos barracones, para albergar a los heridos que fuesen canjeados. Ahora esos barracones estaban casi vacíos.

Entraron con el herido.

Éste lanzó un grito angustioso cuando pasaron junto a la primera habitación, cuya puerta se hallaba solo entornada.

—Por favor… ¡No puedo más! ¡Déjenme aquiíí!…

Buchanan echó una ojeada al interior.

—¿Aquí quieres que te dejemos? Vas a tener mala compañía. Hay un muerto.

En efecto, en la habitación había dos camas, una de ellas ocupada por un bulto humano significativamente cubierto del todo con una manta.

—¡El muerto voy a ser yo si siguen arrastrándome! —gimió Cot —. Déjenme aquí… Por favor, llamen al médico.

Los otros accedieron. Entraron y lo arrojaron sobre la cama vacía.

—Vamos a buscar al matasanos —dijo el *sheriff*—. Aunque, la verdad, cuanto más tarde en verte ese tipo más vives.

—No, Buchanan, no se vaya… Envié al ayudante, pero no me deje solo… La herida me vuelve a sangrar… Desabroche la camisa… Estoy muy mal… ¡Mire!

Buchanan hizo una seña al ayudante, que salió. Y él se inclinó, sobre el herido.

Estaba muy lejos de sospechar lo que ocurría a su espalda. Ya se había olvidado de que en la otra cama había alguien cubierto por una manta.

Pero hubiese hecho mejor en recordarlo. Porque el bulto se había movido.

La manta se deslizó poco a poco. Y tras ella apareció el rostro congestionado de Dracy. El rostro de Dracy y su puño derecho que empuñaba un revólver.

Apuntó al centro exacto de la nuca del *sheriff*, mientras sonreía simiescamente. Y disparó.

Bueno, creyó que disparaba. Al menos oyó el estampido.

Y echó la cabeza para atrás, sufriendo una brutal sacudida, sin darse cuenta de que la bala le había entrado entre las cejas.

Cot se dio cuenta de que algo había fallado. Se revolvió, dando un empujón a Buchanan, mientras sacaba con la otra mano el pequeño «Derringer» que llevaba oculto en uno de los bolsillos posteriores de su pantalón. Estuvo a punto de llegar a tiempo.

Pero la segunda bala que atravesó la puerta penetró también entre sus dos cejas, como había ocurrido con Dracy. Cot lanzó un chillido de horror, un chillido casi femenino y cayó de bruces sobre la cama.

Alguien entró poco a poco en la habitación, con el revólver todavía humeante.

Sonaban quedamente sus espuelas.

Volvió a tapar el cuerpo de Dracy totalmente con la manta, mientras murmuraba:

—Ahora sí.

Los ojos del *sheriff* miraron a Kid con infinito asombro.

No podía creerlo. Y mucho menor podía creer aún que estuviera vivo gracias a él.

Kid musitó:

—Me he dado cuenta de que todo era demasiado fácil. Esos dos buitres, Cot y Dracy, habían actuado juntos desde que empezaron a usar el revólver. Resultaba más que sospechoso que se separasen ahora.

Buchanan se había puesto en pie. Estaba muy pálido.

—Kid… ¿Por qué me has salvado la vida?

—No me gusta que asesinen a la gente por la espalda. Ni aunque sea a un *sheriff*.

—Pero tú… también eres un asesino.

Kid sonrió, mientras se encogía de hombros.

—¿Y qué? —dijo—. Cada uno tiene sus métodos.

—Si pretendes que te esté agradecido, te equivocas. Sigues siendo el hombre al que deseo capturar.

—Yo no le he pedido nada, Buchanan.

—Ya lo veo… Pero, después de lo que has hecho, yo no puedo portarme como un canalla. Tengo una obligación moral. Vete de aquí, Kid. Mis atribuciones terminan a poca distancia de la ciudad. Lárgate unas millas más lejos y ya no podré perseguirte.

—No, *sheriff*.

—Te advierto que no vas a tener otra oportunidad. Dentro de

diez minutos me olvidaré de que me has salvado la vida.

—Me parece una cosa muy razonable.

—¡Infiernos! —Buchanan había apretado los puños, a punto de perder la paciencia—. ¿Por qué no te largas?

—No puedo.

—¿Qué tienes que hacer aquí? ¿A quién buscas?

—A Marian Graw.

Buchanan palideció. Pareció como si aquel nombre le hubiera causado un sobresalto. Pero lo disimuló bien.

—Más vale que no preguntes por Marian Graw.

—¿Qué le pasa?

—¡Más vale que no preguntes por ella!

—¿Es todo lo que tiene que decir?

—¡Todo!

Buchanan, pese a ser un profesional del gatillo, estaba al borde del ataque de nervios.

Kid se encogió de hombros y se dirigió nuevamente hacia la puerta.

Kid volvió a sonreír. Pero su sonrisa era sombría.

—Volveremos a encontrarnos dentro de dos horas y cinco minutos, *sheriff* —dijo.

Y salió.

CAPÍTULO V

El saloon estaba lleno. La gente había ido allí para oír a Irma, y sobre todo para verla. Se notaba en el ambiente.

Todas las anteriores atracciones habían sido silbadas. Y en cambio, cuando Irma apareció, el local dio la sensación de ir a hundirse.

Todo el mundo gritaba a la vez.

Todo el mundo le pedía que se dejara de canciones y enseñara lo que tenía que enseñar.

El pianista había puesto otra vez ojos de plato.

Ya no sabía ni dónde estaban las teclas. Viendo tan cerca las piernas de Irma, pulsaba un sol cuando tenía que pulsar un fa.

Pero ¿qué más daba? El piano era lo que menos escuchaba la gente. Podía haberse largado de allí con el instrumento a cuestas sin que nadie se diese cuenta siquiera.

Irma no pareció impresionarse demasiado por el entusiasmo de un público al que estaba acostumbrada. Se plantó en el centro del escenario, irguió su agresivo busto y cantó:

> Cuando sentía sus besos,
> sus caricias, su mirada,
> cuando oía sus palabras
> mil temores me envolvían
> mil hormigas me mataban.

Como siempre, la letra no era ningún prodigio, pero la música resultaba pegadiza. Y además, ¿qué importaba? Irma hubiera extasiado lo mismo al público cantando «patachín, patachín» durante dos horas seguidas, sin cambiar de entonación.

El *sheriff*, que estaba en la barra, puso un delgado cigarro entre sus labios.

Miró a su ayudante.

—¿Has visto a Kid?

—No, ni idea.

—Han pasado no ya dos horas, sino doce. Y ese tipo sigue tan tranquilo en la ciudad.

—¿Teme que esté aquí?

—Casi lo juraría.

—¿Pero dónde?

El *sheriff* paseó su mirada por los cien rincones —muchos de ellos penumbrosos—, del enorme saloon. Un hombre podía ocultarse muy bien allí, especialmente en los reservados. Podía ocultarse durante varias horas.

Era una tarea inútil buscar a Kid con los medios de que disponía. Caso de contar con un par de docenas de hombres hubiese podido dar una batida por toda la ciudad, pero así era imposible.

Además se estaba obsesionando con él y descuidaba lo más importante de su tarea. A él le habían puesto allí para otra cosa, no para capturar a un asesino.

Su ayudante conocía lo trascendental de aquella misión.

Murmuró:

—¿Preocupado, Buchanan?

—Sí. Preocupado de verdad.

—¿Por la conferencia de los generales Lee y Grant? [1] .

—No hablemos de eso aquí. Es una imprudencia.

—Nadie nos oye…

Era cierto. Aunque había mucha gente en la barra, ellos hablaban cuchicheando, y por otra parte el público estaba obsesionado con Irma, sin preocuparse de nada más.

Buchanan susurró:

—¿Qué puedo decirte? Tú sabes lo importante que es esa conferencia para el final de la guerra. Después de la batalla de Gettysburg, el Sur está perdido. Hace falta que termine de una vez esta maldita matanza, y eso sólo Grant y Lee pueden conseguirlo si se ponen de acuerdo.

El ayudante dijo con un soplo de voz:

—Pero eso no va a ser tan fácil.

—No, no va a serlo, especialmente si yo me descuido. Aunque la noticia de esa reunión se ha mantenido en secreto, hay bastante

gente que la conoce. Me refiero a gente de la que está en las alturas, claro. Y a bastantes de ellos les interesa la continuación de la guerra.

Encendió el cigarro, que hasta entonces había mantenido apagado entre sus labios, sin darse cuenta.

—Hay traficantes de armas de ambos bandos, hay vendedores de esclavos del Sur —continuó—, hay banqueros que se enriquecen, hay generales que esperan conseguir un buen botín sí esto dura. Gentuza, en resumen, aunque lleven brillantes uniformes y levitas bien cortadas. Todos esos interesados en que la guerra continúe, se han unido bajo la dirección de un individuo que desconozco y han pagado a una banda de asesinos profesionales. ¿Sabe cuál es su misión?

El ayudante asintió, aunque haciendo un gesto dubitativo. Era evidente que no acababa de ver las cosas claras aún.

—Su misión es matar a Grant y a Lee —prosiguió Buchanan en voz más baja aún—. Tienen que asesinarlos a pesar de la protección de que estarán rodeados, y mucho me temo que lo consigan. Si esos dos generales murieren, o al menos uno de ellos, la paz será imposible. Los del bando a que pertenezca el general asesinado culparán a sus enemigos, sin avenirse a razones. Se formará un verdadero clamor popular para seguir la guerra hasta el fin. Y si mueren los dos, la situación resultará peor aún, porque las acusaciones serán reciprocas.

Exhaló una bocanada de humo y prosiguió, siempre en voz muy baja y casi al oído de su ayudante:

—Los asesinos van a reunirse aquí. Tal vez están reunidos ya, antes de empezar su actuación. La misión que me encomendaron fue la de controlar a la gente que llegase a Meridian, estar, al tanto de todo y detener a los sospechosos. Es decir, hacer naufragar el complot en su mismo principio. Pero confieso que tal vez el asunto se me está escapando de las manos. Es algo demasiado importante para mí.

El ayudante bisbiseó:

—¿Y Kid? ¿Puede ser Kid uno de esos asesinos?

Buchanan palideció.

—No, no puede ser… Lo que dices es absurdo.

—¿Por qué? ¿No es un asesino profesional? ¿No vive de su

gatillo?

—Cierto. Se ha alquilado muchas veces como guardaespaldas, como pacificador de ciudades, como protector de caravanas y todo eso. La consecuencia es que ha matado a mucha gente. Incluso a tipos que estaban muy arriba, cómo Lambert. Pero no creo que…

—De un profesional del gatillo se puede esperar cualquier cosa. Y a los que maten a Grant y a Lee habrán prometido pagarlos muy bien, ¿no es eso?

—Una millonada.

—Y a Kid, ¿no puede haberle tentado un bocado así?

—A él no pudieron proporcionárselo. Él estaba en Yuma.

—¡Claro que estaba en Yuma! Eso es lo más significativo para mí. Estaba pudriéndose en aquel penal lleno de chinches y ha huido. ¿Quién puede escapar de Yuma? Todo el mundo sabe que es muy difícil, casi imposible si no se cuenta con ayuda. Y a Kid le ayudaron, eso está fuera de toda duda. ¿Quién? Pues gente que pudo hacerlo. Gente que estaba muy arriba.

Buchanan palideció aún más.

Sus facciones llegaron a hacerse lívidas.

Las palabras de su ayudante penetraron como martillazos en su cerebro, haciéndole ver claro algo en que hasta entonces no había querido pensar.

—¿Usted se ha tragado ese cuento de que se va a instalar en Nueva York o en Filadelfia? —prosiguió el ayudante—. Con todo lo enorme que es este país, ¿resulta lógico que un fugitivo de Yuma venga aquí? Que no me diga que ha sido casualidad. Creo, *sheriff*, que ya lo tenemos. ¡Es él, el jefe de esa maldita banda!

Buchanan mordió el cigarro con tanta rabia que sin darse cuenta lo partió en dos.

—¿Pero entonces —dijo—, por qué se presentó a mí?

—Tenía que hacerlo. Usted le hubiera visto de todos modos.

—¿Y por qué me salvó la vida?

—No le costó ningún trabajo hacerlo. Él no tiene interés en matarle a usted, *sheriff*. Él sólo tiene interés en matar a Grant y a Lee. Y si, después de salvarle la vida, logra un cierto plazo para actuar con tranquilidad, mejor que mejor. De hecho, ese plazo lo está logrando ya.

Buchanan había apretado los puños de tal modo que sus nudillos

blanqueaban. Bruscamente tuvo la sensación de que había estado perdiendo el tiempo, un tiempo que ya no podría recuperar.

De pronto se estremeció.

—¡Dios Santo!

—¿Qué?

—¡Está allí!

—¿Dónde?

El ayudante había seguido la dirección de la mirada de Buchanan abigarrado de espectadores que estaban en el primer piso. Pero ninguno de aquellos espectadores era Kid.

—No le distingo, *sheriff*.

—Yo diría que lo he visto pasar…

—Ha debido equivocarse. Kid es inconfundible.

—Sí, tal vez sí… Estoy ya demasiado nervioso, amigo.

Y cerró un momento los ojos.

Pero Buchanan no se había equivocado.

Porque el hombre que había estado unos segundos en el primer piso, escabullándose luego como una serpiente, era realmente Kid.

Kid avanzó por un sector solitario de la ciudad de Meridiana. Era una zona tranquila donde estaban instaladas un par de industrias de transformación de productos agrícolas. La más importante estaba montada sobre dos grandes pabellones en cuya puerta se leía: «Nueva Compañía de Tabacos del Sur».

Kid conocía aquella compañía. De oídas, naturalmente. Sabía que la guerra la había hecho crecer desmesuradamente. Que una serie de ricos capitalistas del Sur la dominaban. Y que en los campos de tabaco habían sido obligados a trabajar en salvajes condiciones, como si fueran esclavos, muchos prisioneros de guerra:

Esclavos…

La guerra…

Las palabras martilleaban en el cerebro de Kid mientras avanzaba lentamente entre la penumbra.

De pronto aquel machete casi se hundió en su columna vertebral. La respiración caliente del que le estaba amenazando le llegó a la nuca.

—Poco a poco, amigo.

Kid ya no se movió.

Sólo alzó las manos levemente.
—¿Qué pasa? ¿No se puede entrar aquí?
—No cuando la fábrica está cerrada.
—Quiero ver al señor Pitter.
—El señor Pitter nunca recibe visitas.
—¿Cómo que no? Me ha dicho que viniera a verle.
—Me extraña, pero lo comprobaremos enseguida. Siga.
Le empujó con la hoja del machete. Kid se estremeció levemente al sentir el pinchazo de la hoja de acero entre las costillas, junto a la columna vertebral.
Avanzaron hasta una garita que pasaba desapercibida porque estaba envuelta en sombras. Allí había otro guardián con un rifle montado.
Los vio venir y les apuntó.
—¿Qué pasa, Clem?
—Este tipo dice que el señor Pitter le ha citado.
—Pronto lo veremos.
Y el de la garita destapó un tubo que colgaba del techo, y que debía ser un tubo acústico muy parecido a los usados en los barcos, para comunicar las máquinas con el puesto de mando. Acercó la boca y habló por él.
—Señor Pitter…
—¿Qué hay?
—Aquí hay un tipo que dice que estaba citado a esta hora con usted.
—¡Yo no estoy citado con nadie! ¿Cómo se llama ese fulano?
—No lo sabemos, señor Pitter, pero no importa. Pronto escupirá su nombre… y algo más. Descuide, señor Pitter, nos ocuparemos de él.
Y el que estaba detrás de Kid, con el machete acariciándole las costillas, hizo un elegante gesto, cargado de indiferencia.
Como el que pincha una fruta.
Sólo que en este caso la «fruta» era Kid. Y el pinchazo consistía en atravesarle de parte a parte con el machete.
El individuo no estaba dispuesto a perder un segundo. Era un fanático de la acción directa.
Kid también.
Kid se había lanzado hacia delante con una rapidez increíble, en

centésimas de segundo, cuando el tipo del rifle dijo que se ocuparían de él. Fue tan instantáneo que el otro no pudo preverlo. Cuando fue a hundir el machete lo hundió en el aire.

Lanzó una imprecación.

Kid, que estaba en el suelo, levantó las dos piernas a un tiempo, poniéndose casi vertical, como si se apoyara sólo en su cabeza.

Las dos botas encontraron en su camino la mandíbula del tipo del machete, que se tragó la segunda maldición que iba a lanzar. Se la tragó a la fuerza. Cayó hacia atrás mientras soltaba el arma.

El del rifle había tenido justamente tiempo de volverse.

Tardó unos instantes en darse cuenta de lo sucedido, a causa de la oscuridad que les rodeaba. De pronto vio a Clem caer. Se echó el rifle a la cara y fue a disparar contra la otra silueta, la que ya estaba en el suelo, dando vueltas sobre sí misma.

No llegó a apretar el gatillo.

Creyó que lo había hecho, pero ya se sabe que uno no puede fiarse de lo que creen los moribundos. Cuando cerró el índice, ya tenía el machete clavado en el corazón. Era el machete de Clem. Kid se había apoderado de él, lanzándolo con un solo, seco y tajante movimiento.

Comprendió al instante que aquel tipo no le daría más trabajo.

El machete le había atravesado de tal forma que la punta le salía por la espalda.

Pero Clem, mientras tanto, se estaba reanimando, después del doble punterazo en la mandíbula. Intentó llevar la mano al revólver que sobresalía de su funda.

Tampoco pudo hacerlo.

Cuando tocó la culata, Kid ya estaba sobre él. Un brutal golpe con el antebrazo le destrozó la nariz. Clem lloriqueó mientras de todos modos intentaba sacar el revólver.

Ahora Kid le golpeó alternativamente dos veces con el canto de la mano plana.

Le golpeó en la parte delantera del cuello.

Fue suficiente. Clem ya no se movió más. En sus labios se dibujaba una mueca agónica.

Kid se puso en pie poco a poco. La penumbra le rodeaba, pero adivinaba en ella la presencia de otros invisibles enemigos. Tenía que acabar pronto o no saldría vivo de allí.

Se acercó a la garita y examinó el tubo acústico.

Era fácil adivinar la dirección que seguía. El despacho de Pitter teñía que estar casi encima. Vio, efectivamente, unos débiles rayos de luz filtrándose por entre los postigos de una ventana cerrada.

Y distinguió también, más allá de la garita, unas escaleras que subían.

Ascendió por ellas, procurando no hacer ruido, pero los viejos peldaños crujieron. De pronto, cuando Kid ya estaba a punto de llegar al rellano del primer piso, alguien abrió una puerta. Pudo distinguirse, a la luz del interior, la silueta de un hombre que llevaba un «Colt» en la mano.

Se movía con una cierta dificultad, arrastrando un poco la pierna izquierda. Al menos dio esa sensación al querer ocultarse de nuevo entre la penumbra. Pero antes disparó dos veces.

Las balas mordieron la pared, junto, a la cara de Kid.

Éste cerró los ojos instintivamente, mientras se dejaba caer sobre los peldaños.

Pitter —pues el tipo que acababa de salir era él—, se introdujo de nuevo en el despacho al ver que no había alcanzado a su enemigo. Kid subió los peldaños que le faltaban con un silencioso salto de tigre.

Empujó la puerta, pero estando siempre pegado al suelo. Vio confusamente un despacho bien amueblado, unos cuadros en la pared del fondo y la silueta de un hombre.

Era un hombre muy bien vestido, un verdadero milord.

Pitter disparó otras dos veces nerviosamente, demostrando que no era un buen pistolero. Estaba acostumbrado a que otros mataran por él. Las balas rozaron a Kid, pero no llegaron a perforarle, a pesar de que durante unos segundos había sido un blanco fácil.

Kid disparó también, pero las balas se empotraron en la pesada mesa que había entre él y su enemigo. Éste se había agazapado a tiempo. Y huyó con una agilidad insospechada, teniendo en cuenta que, en efecto, arrastraba su pierna izquierda.

Kid se lanzó sobre la mesa.

Antes de desaparecer, Pitter le había enviado como obsequio el resto de su cilindro. Tres balas más hendieron el aire. Y si la pesada mesa había salvado antes a Pitter, ahora salvó a Kid.

El joven la volcó.

No veía ya a su enemigo. Pero éste disponía de otro revólver y seguía vomitando plomo. Kid pudo ver la puerta que había más allá de la mesa. Y un largo y oscuro pasillo en el que brillaban los fogonazos.

Dio otro salto de tigre, tratando de llegar a aquel pasillo. Una bala le acarició el cuello. Kid envió hacia allí sus dos últimas balas.

Oyó un gemido.

Fue un gemido de muerte.

Pitter giró sobre sí mismo, la pierna izquierda le falló y cayó estrepitosamente a tierra.

Kid avanzó poco a poco, mientras recargaba el revólver con hábiles y silenciosos movimientos. Caso de moverse Pitter, hubiera recibido otros nuevos y definitivos balazos.

Pero ya no se movió.

Uno de los plomos le había atravesado el cerebro.

Kid avanzó hasta él y abrió con el pie otra de las puertas del pasillo. Vio una habitación bien iluminada donde no había nadie. La luz que llegaba desde allí le permitió ver el cuerpo de Pitter.

Y comprendió que ya no tenía que preocuparse más de él. Lo único que debía preocuparle era salir de allí.

Se oían gritos en otros lugares de la factoría.

Los disparos habían llamado la atención. Y Kid supuso que era cuestión de dos o tres minutos el que aquello se llenará de gente. Corrió hasta llegar a una de las ventanas.

No se detuvo. Saltó contra ella, reduciéndola a astillas.

Estaba a la altura de un primer piso. Cayó bien, flexionando las piernas, y desapareció en la oscuridad.

Medio minuto después no quedaba de él ni su sombra.

Como si se lo hubiera tragado la tierra.

CAPÍTULO VI

Dos hombres armados con rifles llegaron junto al cadáver de Pitter. La luz que irradiaba de la habitación abierta les mostró sus facciones crispadas y el impacto de la bala en la cabeza. Pitter aún tenía el revólver desesperadamente sujeto con ambas manos. El índice derecho estaba crispado sobre el gatillo.

Los dos hombres le miraron con asombro.

Parecían no comprender que un tipo como aquél hubiera podido ser liquidado con tanta limpieza.

Uno de ellos masculló:

—Es…, ¡es imposible!

—¡Había dos hombres que lo vigilaban! ¡Y uno de ellos era Clem, un pistolero de los que nunca fallan!

—Cuando lo sepa el jefe va a…, ¡va a acabar con todos nosotros!

En aquel momento, dos figuras aparecieron en el umbral del despacho. Los rifleros volvieron hacia ellas sus armas. Pero ninguno disparó cuando vieron brillar quedamente las estrellas del *sheriff* y de su ayudante.

Buchanan avanzó poco a poco.

El revólver brillaba en su derecha.

—Quietos, amigos. Métanse en las narices las bocas de los rifles. No me gusta que me apunten.

Los rifleros bajaron sus armas.

—*Sheriff*…, ¿qué hace aquí?

—Pasaba por las cercanías cuando he oído disparos y he corrido hasta aquí. Me temo que todo esto tenga relación con el tipo al que estoy buscando.

Y miró fijamente a los rifleros.

—¿Quiénes son ustedes?

—Vigilamos la factoría de tabacos. El señor Pitter era uno de los jefes.

—Vaya… ¿Para vigilar una fábrica de tabacos hace falta tanta artillería?

—Aquí hay dinero. No queremos que nos atraquen.

—¿Y los dos tipos de abajo? ¿También vigilaban?

—¿Qué les pasa?

—Están muertos —masculló Buchanan—. Más muertos que Matusalén. Da asco verlos, amigos.

Los rifleros tuvieron un mismo estremecimiento.

—¿Quién ha podido hacerlo? —masculló uno de ellos—. Yo juraría que se trataba de un hombre solo…

—Yo también lo juraría —susurró el *sheriff* Buchanan—. Yo también lo juraría…

No necesitaba hacer grandes comprobaciones con él. Estaba seco. Le habían alcanzado con una bala de las que no perdonan.

El ayudante susurró:

—*Sheriff*…

—¿Qué hay?

—Ese hombre…

—Sí, ya le conozco. Era Pitter, uno de los dueños de la factoría. Un tipo que no se sabe de dónde llegó ni hacia dónde iba.

—Pues lo que es ahora ya no irá a ninguna parte. Pero no quería hablarle de eso, Buchanan.

—¿Pues de qué?

—¿Usted había visto andar a ese tipo?

—Creo recordar que sí. ¿No arrastraba la pierna izquierda?

—En efecto, lo recuerda muy bien.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Espere.

El ayudante arrancó una de las botas al cadáver. Lo hizo de un brusco tirón, puesto que ya no tenía por qué guardar ceremonias. Arrancó también el calcetín y se vio entonces que al pie le faltaban casi totalmente dos dedos. Pero no era aquélla la única mutilación que sufría. Diríase que, en otro tiempo lejano, el pie había sido mordido por mil insectos. Y las pequeñas y crueles heridas no habían llegado a cicatrizar del todo.

Buchanan musitó:

—Dios Santo… No acabo de entenderlo.

—Yo tampoco, pero recuerdo algo —dijo su ayudante—. Es

como una corazonada. No me haga caso, pero escúcheme. Oiga lo que pienso aunque luego me envíe al infierno.

—Habla.

—Pitter siempre trató con esclavos. Era uno de los tipos más odiados del Sur. Oí decir que había realizado auténticas matanzas.

—Yo también había oído decir lo mismo. Y no creas que me disgusta verlo así, muerto y con las patas tiesas. Pero aclara de una vez lo que estás pensando.

—Cierta vez unos esclavos negros a los que conducía se sublevaron y lograron apresarle. Debieron haberle matado entonces, pero los muy imbéciles quisieron hacerlo sufrir. No pensaron que Pitter era uno de esos tipejos con los que no se puede perder el tiempo. Una bala y a otra cosa. Pero en lugar de eso le desnudaron los pies y le introdujeron el izquierdo en un nido de hormigas rojas. Pensaron que lo irían devorando vivo poco a poco, y que su agonía duraría días enteros. Y así hubiera ocurrido de no salvar a Pitter, horas más tarde, unos amigos que venían tras él. El único recuerdo que le quedó de aquello fue un pie semidestrozado y que ya no pudo mover bien nunca más.

El *sheriff* Buchanan le había escuchado con la mayor atención.

Y con los ojos entrecerrados.

La luz que llegaba de la habitación abierta partía su rostro en dos. Medio rostro quedaba así negro, en la oscuridad. Y el otro medio aparecía terriblemente pálido.

Buchanan balbució:

—No puede ser…

—Supongo que está pensando lo mismo que yo, *sheriff*.

—Sí… Aquella maldita canción. Aquella cancioncilla del diablo… ¿Cómo decía?

—Yo se la recordaré, *sheriff*. Es posible que me equivoque, pero era algo así como: «Cuando sentía sus besos…, sus caricias, su mirada… Cuando oía sus palabras…, mil temores me envolvían, mil hormigas me mataban».

—Mil hormigas… —masculló Buchanan, mientras crispaba los puños—. ¡Mil hormigas!… ¡Infiernos! ¡No puede ser!

Y corrió hacia la puerta como un loco.

CAPÍTULO VII

Irma se estaba cambiando de vestido detrás del biombo. Había terminado ya su última actuación. A aquella hora normalmente se iba ya hacia el hotel, sin aceptar los homenajes de sus «desinteresados» admiradores y sin hablar apenas con nadie.

Pero la puerta se abrió de pronto.

Irma se sobresaltó, porque el golpetazo había sido tan fuerte que incluso tuvo la sensación de que iban a derribarla.

Vio en el umbral a un hombre alto, con las facciones desencajadas. Un hombre alto que llevaba una estrella sobre la camisa.

Irma hizo un gesto de desdén, mientras se ponía el vestido sobre los hombros.

—¿Qué le pasa, *sheriff*? ¿Tan entusiasmado está? ¿Cuántos años hace que no ve a una mujer de cerca?

Buchanan entró.

—Podía haberse molestado en llamar —dijo ella, despectivamente—. Un poco más y me encuentra como vine al mundo.

—No he tenido tanta suerte.

—Basta de idioteces, *sheriff*. El llevar una estrella no le autoriza a hurgar en los camerinos como si fuera un viejo verde. ¿Qué quiere?

—Hablar con usted.

—¿De qué?

Buchanan se sentó en una de las butacas del camerino. Quería mostrarse tranquilo, pero se sentía tan nervioso como si acabara de descubrir en su oficina, el cadáver del presidente de Estados Unidos.

—Quiero saber de dónde saca las letrillas de sus canciones —dijo.

—¿Tanto le gustan?

—Son vulgares, pero hay muchas cosas que me llaman la atención en ellas.

—¿Por ejemplo?…

—No sé… Algunas palabras.

—Concrete más.

—Pues… por ejemplo, me llama la atención la referencia a las hormigas. O la referencia a un chaleco floreado.

Irma, ya con el vestido puesto sobre su cuerpo palpitante, salió de detrás del biombo, mientras se abrochaba. Hizo un gesto de impaciencia y al mismo tiempo de desdén.

—Está majareta, *sheriff*.

—¡Le prohíbo que me hable así!

—¿Y de qué manera voy a hablarle? Hace sólo un año que me dedico a cantar, pero ya he tenido que aprenderme docenas y docenas de letrillas. Unas hablan de hormigas, otras de chalecos floreados, otras de ramos de flores y de novias abandonadas. ¡Hasta habrá alguna que hable de huevos fritos, no lo recuerdo bien! ¿A qué viene todo esto ahora? ¡Menuda tontería! Nunca me han hablado de una idiotez tan grande, *sheriff*.

Buchanan se mantuvo impasible mientras preguntaba:

—¿Quién se las escribe?

—¡Yo qué sé! Mucha gente. Hay tipos que me las ofrecen, en todas las poblaciones a las que voy. Las que me gustan me las quedo y las pago. Luego, el pianista del saloon de turno se encarga de ponerlas en solfa, y yo las ensayo un par de días antes de salir al escenario. Las que tienen más éxito las incorporo a mi repertorio permanente, pero… ¡Bueno, en el fondo lo mismo da! ¡La gente ni me escucha! ¡La gente sólo quiere que le enseñe esto!

Alzó velozmente su falda y dio una especie de doble puntapié al aire con sus maravillosas piernas. La visión duró apenas como un relampagueo, pero aun así Buchanan estuvo a punto de pegar un brinco.

—¡Bah!… —terminó Irma, con un gesto de hastío—. ¡Estoy harta de esto, de la ciudad de Meridian, de todo!… ¿Sabe por qué me he quedado aquí? ¡Porque en Meridian hay al menos un poco de paz! ¡Pero en cuanto termine la tregua, me largo! ¡Me largo, se lo juro! Y ahora…, ¡fuera!

Le señaló enérgicamente la puerta.

Buchanan no se movió.

Sabía que no tenía ningún derecho a estar allí contra la voluntad de la muchacha, pero en lugar de marcharse, dijo por entre sus dientes apretados:

—¿Conoce a Kid?

—¿A quién?

—¡A Kid!

—¿Quién es?

—¡Un asesino!

Irma hizo otro gesto de desdén.

—Aquí sólo he conocido a vaqueros borrachos, banqueros viciosos y viejos verdes que me pasaban billetes de a cien dólares por debajo de la puerta del camerino, antes de que yo abriera y les chafara las narices. Pero conocer a un asesino… ¡Vamos! ¿De qué me habla?

—Tiene razón: no sé de qué le hablo —dijo, sinceramente, Buchanan—. Tal vez todo esto sólo sean imaginaciones mías. Pero tenga cuidado, Irma, si es que conoce a Kid. Usted es demasiado joven y demasiado bonita para morir.

—¿Y por qué había de morir?

—Kid es el peor asesino que se mueve en estos momentos sobre el suelo de Mississippi.

—Váyase al diablo, *sheriff*. Los hombres no quieren matarme. Quieren otra cosa.

Buchanan se levantó y fue poco a poco hacia la puerta.

—De todos modos, tenga cuidado, Irma. No crea que vaya a dejarla suelta. Todo esto es tan importante que no puedo permitirme el lujo de distraerme. Y si tengo que ir a su entierro, lo lamentaré, lo lamentaré de veras. Pero más lo lamentará usted desde dentro del ataúd.

Abrió la puerta y salió.

Irma quedó quieta, muy quieta, en el centro del camerino.

Parecía petrificada, horrorizada por sus propios pensamientos.

El silencio la envolvía.

Al fin se oyó un chirrido.

Era la puerta de uno de los armarios al abrirse.

Se trataba de un gran armario empotrado en la pared, donde cabían docenas de vestidos. Y, por lo visto, no sólo vestidos. Porque

en el umbral de aquella puerta apareció la figura de un hombre.

Kid musitó:

—Para ser una señorita de buena familia, lo has hecho muy bien, Irma. Cualquiera diría que eres una auténtica bailarina profesional. Una chica que sólo tiene piernas.

Ella le miró.

Sin pestañear.

Pero sus labios temblaban.

—Gracias a ti he tenido un buen refugio en la ciudad —continuó Kid, tranquilamente—. Ha sido inútil que el *sheriff* me buscara. Pero ya ves que las cosas se están complicando ahora.

Ella dijo con esfuerzo:

—Sí, ya lo he visto.

—Pero vas a tener que aguantar. No hemos hecho más que empezar, muñeca.

Ella tembló bruscamente. No sólo sus labios. Ahora temblaba todo su cuerpo.

Con expresión tensa, dijo:

—No voy a poder resistirlo.

—Pues me temo que no quede otro remedio.

—¡No voy a poder! —gimió ella—. ¡No voy a poder, maldito! ¿Y sabes por qué? ¡Porque tú me das asco! ¡No puedo soportar a un asesino como tú! ¡Has nacido para matar y no sabes hacer otra cosa! ¡Me das asco, asco, asco!…

Había perdido el control de sus nervios. Los ojos se le salían de las órbitas. Sus rodillas parecían incapaces de sostenerla.

Kid temió que la oyesen desde más allá de la puerta.

Fue a hacerla callar, pero Irma movió sus dos manos. Las movió con insospechada fuerza. Los dos impactos resonaron de lleno en la cara de Kid. De los labios de éste brotó la sangre.

Irma cayó de rodillas mientras gemía:

—Me das… asco…

Kid apretó los labios, pero no dijo una sola palabra más.

Ni siquiera miró a la muchacha, que seguía de rodillas y con lágrimas en los ojos.

Salió silenciosamente, cerrando a su espalda la puerta.

CAPÍTULO VIII

El tipejo parecía haber llegado de las más remotas profundidades del Oeste, huyendo de la guerra. Y de todos modos, la guerra no debía disgustarle, porque iba más armado que un regimiento de artillería. Pero estaba borracho. Lo único que debía interesarle de momento era entendérselas con una botella.

Dormitaba tranquilamente, apoyado en un tronco. Iba cubierto de polvo. Las moscas le zumbaban en torno a las orejas.

Kid bajó del caballo y se acercó a él.

—Eh, amigo…

El otro no despertó.

—¡Amigo!…

Ni por ésas.

—¡Amigoooo!…

Pero el otro siguió durmiendo tranquilamente. Kid probó a arrancarle la botella que el tipejo sostenía amorosamente entre sus brazos. Eso fue definitivo. El vaquero se levantó de un brinco mientras gritaba:

—¡Eso nooo!

Miró como alucinado frente a sí, hasta distinguir con claridad la figura de Kid.

—¿Quién es usted? —masculló—. ¿Para qué quiere mi botella?

—No la quiero para nada. ¡Si está casi vacía!…

—Pienso volver a llenarla.

—Ah, entonces es distinto.

—¿Qué busca? —murmuró el tipejo.

—Usted tiene pinta de llevar al menos tres días por aquí.

—Sí, amigo. Tres días y tres noches. Éste es un sitio donde nadie me molesta.

—Por aquí no pasa apenas nadie, ¿verdad?

—Apenas nadie.

—Pero quizá ha observado aquella casa. ¿No se acerca a ella ni un alma?

Y el brazo izquierdo de Kid se alzó poco a poco. La mano señaló la casa que estaba en lo alto de la colina.

Era una casa grande, pero siniestra.

Era antigua.

Parecía batida por todos los vientos y por todas las tempestades.

Las ventanas debían crujir. Ni una sola puerta debía acabar de encajar.

El vaquero parpadeó.

—¿Por qué señala aquella casa? No me gusta.

—No le gusta a nadie, ¿verdad? —susurró Kid.

—A nadie.

—¿No se acercan a ella?

—No.

Kid se puso un cigarro entre los labios. No lo encendió. Sus ojos metálicos brillaban extrañamente.

—Busco a Marian Graw —dijo.

El vaquero parpadeó.

—No sabe de qué habla —gruñó roncamente.

—¿Por qué?

—Verá… Uno está aquí bebiendo, tumbado como un bicho, convertido en un borracho asqueroso… Nadie se fija en él. Pero uno oye… Oye, por ejemplo, a la gente que pasa. ¿Y sabe lo que dice la gente? Que allí vive una tal Marian Graw. Una mujer muy bonita. Pero nadie se acerca.

Los ojos de Kid se habían entrecerrado hasta parecer dos pequeñas rendijas en su rostro. Pero eran como dos mortales rendijas de plomo.

Seguían brillando extrañamente.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Por qué no se acerca nadie?

—¿No lo sabe?

—No.

El borracho terminó de tragar los últimos restos de su botella antes de decir:

—Pues porque Marian Graw está leprosa…

Kid no había vuelto a montar en su caballo. ¿Para qué? Mejor dejarlo donde estaba, cerca del vaquero abrazado a la botella. La

casa, al fin y al cabo, no estaba demasiado lejos.

Desde el pie de la colina, la miró mejor.

Lo que había pensado: grande y siniestra. Sin ventanas que encajen. Con puertas que crujirían por las noches.

Y Marian Graw…

Kid avanzó poco a poco, aunque sin tomar especiales precauciones. No esperaba que allí sucediera nada.

Los recuerdos se agolpaban en su mente.

Eran recuerdos de otra época más feliz. Recuerdos en los que aparecía mezclada la imagen de Marian Graw.

Cuando de Marian aún no se decía que era una leprosa…

Fue aquella piedra al rodar desde lo alto de la colina lo que le advirtió. Alguien estaba arriba, alguien que vigilaba y que acababa de dar un resbalón.

Kid obraba por instinto. No pensaba muchas cosas antes de hacerlas, y eso le permitía obrar con una fulminante rapidez. Mientras la piedra resbalaba colina abajo, él ya se pegaba al suelo.

La bala también resbaló colina abajo.

Si Kid llega a dudar un segundo, el plomo le hubiera alcanzado. Oyó el aullido pasar a un palmo por encima de su cabeza. Luego, al mirar hacia arriba, distinguió un fogonazo. El joven se pegó aún más al suelo mientras lanzaba una imprecación.

Extrajo el revólver con calma, tratando de situar la posición de su enemigo. De momento era uno solo, y manejaba un rifle. Lo oyó crepitar de nuevo, y al instante captó el pitido de la bala.

Ésta se estrelló en una roca, enviando esquirlas a la cara de Kid.

Pero Kid ya ni se enteró. Tenía el revólver sujeto con ambas manos para afinar mejor la puntería.

Disparó una sola vez.

El tipo que estaba en lo alto, armado con un «Winchester», lo soltó mientras emitía un aullido. Dio un extraño salto y rodó colina abajo como antes había rodado la piedra.

Kid no se entretuvo en verlo caer, ni se movió tampoco, por si había otro enemigo.

Aguardó unos instantes.

Estaba en buena situación y no quería precipitarse.

Pero el silencio le envolvía ahora. No parecía haber ningún enemigo más.

Trepó poco a poco por la colina, hasta llegar al sitio donde se había detenido el cadáver. Lo hizo girar un poco con el pie, para verle la cara, llegó a la conclusión de que no lo había visto jamás.

Pero tenía «un cierto aire de familia».

Era un pistolero profesional. Como él.

Kid lo olvidó para seguir ascendiendo. De cerca, la casa era más siniestra aún de lo que parecía desde lejos. En otro tiempo debió haber sido lujosa; quizá era residencia de un hacendado que dominaba toda la comarca. Pero ahora el tiempo y los avatares de la guerra la habían convertido en una ruina.

Kid avanzó poco a poco, con el revólver en la mano.

—¡Marian! —llamó—. ¡Marian!…

No obtuvo respuesta.

Ante sus ojos desfilaban una serie de habitaciones penumbrosas, cargadas de muebles antiguos, medio devorados por el tiempo.

Pero aquello tenía, sin embargo una extraña belleza.

Una belleza casi fantasmal.

Kid no tuvo tiempo de contemplarla, porque en aquel momento sintió algo en el cráneo.

Aquel mazazo terrible.

Y el suelo ascendió vertiginosamente hacia él, mientras de la garganta del joven escapaba un leve gemido.

No estuvo demasiado tiempo así, sin sentido. Fue también su instinto el que le advirtió. Oyó aquellas voces que le parecían tan lejanas, pero que debían sonar casi encima de él:

—Sí… Es él.

—¿Seguro?

—Completamente seguro. Además, es tan peligroso como nos habían dicho. Acaba de matar a Lane…

—¿Pues a qué esperamos?

—Hay que acribillarle.

—Nunca ha sido tan fácil hacerlo. Hala, hay que tirar a la cabeza.

—Yo primero.

Kid sentía un terrible dolor en la cabeza, pero se daba cuenta de todo. Aquello era más que un asesinato; era una ejecución. Oyó el roce de las ropas de uno de sus enemigos, que se inclinaba para rematarle.

Y de pronto, Kid, que estaba caído de bruces, movió hacia arriba la pierna derecha.

Lo hizo con puntería y, además, con una fantástica fuerza. Fue un golpe atroz. El pistolero, cazado en la entrepierna, se retiró con un aullido de dolor, mientras disparaba instintivamente al aire.

El otro masculló:

—¡Apártate, idiota!

Lo hizo para tener el campo libre y poder disparar sobre Kid. Pero cuando ya le apuntaba, tuvo una brutal sorpresa.

Kid le apuntaba también, por debajo del codo izquierdo.

Y fue más rápido en disparar.

El pistolero se tambaleó, alcanzado en la mandíbula, mientras su compañero, dominando el dolor que sentía en el bajo vientre, corría a situarse de nuevo en posición de tiro.

No llegó a hacerlo.

Y tampoco sintió más dolor.

La bala disparada por Kid desde el suelo le atravesó el corazón de parte a parte, haciéndole chocar contra la pared y caer luego de bruces. Kid se levantó de un salto.

Hizo girar el revólver.

Pero ya no había más enemigos, al menos en lo que su vista podía abarcar.

Salió de aquella habitación y terminó de registrar la casa. En una de las piezas distinguió una cama muy bien hecha, y un armario en el que había algunas prendas finas de mujer. También en el tocador distinguió un par de botellitas de perfume.

Todo aquello debía pertenecer a Marian Graw.

Pero Marian Graw no estaba.

La llamó inútilmente, hasta enronquecerse la voz. Luego, salió de la casa.

Había tenido que matar a tres hombres, cuando en realidad esperaba que allí no sucediese nada. Pero ¿por qué todo aquello? ¿Dónde estaba Marian Graw?

Kid no acababa de entenderlo.

Pero sus problemas no habían hecho más que empezar.

Porque justamente cuando estaba pensando aquello, otra bala pasó junto a su cabeza.

CAPÍTULO IX

Kid tenía tiempo de pegarse al suelo esta vez. De nada iba a servirle. Había bajado ya desde la colina pedregosa y estaba en terreno liso, sin protección posible. Además, el que acababa de disparar estaba ya prácticamente encima de él.

Llegaba lanzado a un galope rabioso.

Y no estaba solo. Tras él venían otros dos hombres, todos ellos luciendo estrellas.

El del centro era el *sheriff* Buchanan.

—¡Entrégate, Kid! —aulló—. ¡Entrégate, maldito…!

Kid empuñó el revólver.

—¡Ven a buscarme…!

Pero no tuvo tiempo de decir más. En aquél momento, el comisario que venía lanzado se arrojó sobre él, lo abrazó y los dos rodaron estrepitosamente por tierra.

Caso de estar Kid en buenas condiciones, aquel individuo no hubiera dado ningún salto más, por lo menos en una semana.

Pero a Kid aún de dolía terriblemente la nuca, después del culatazo que le dejó sin sentido por unos momentos dentro de la casa.

Difícilmente pudo arquear las piernas y dispararlas luego a un tiempo enviando por los aires a aquel tipo que trataba de montársele encima.

El comisario salió despedido.

Lanzó una imprecación, chocó de cabeza contra una piedra y quedó quieto. No iba a causar más preocupación por el momento.

Pero estaban los otros dos, y uno de ellos era el *sheriff* Buchanan.

Fue Buchanan el que disparó su puño derecho.

Kid, que se había puesto en pie, fue alcanzado de lleno.

El golpe hubiera tumbado a un buey, pero no le tumbó a él. Se

mantuvo a pie firme.

Y disparó también su puño derecho.

Aunque alcanzó bien a Buchanan, su impacto no tuvo la fuerza de otras veces. En realidad, el golpe de Kid había sido el de un hombre que está al borde del K.O.. Después del culatazo y del primer golpe de Buchanan, aún no había terminado de recuperarse.

Buchanan también aguantó en pie.

Disparó ahora sus dos puños alternativamente. Kid intentó cubrirse, pero sólo lo consiguió en parte. Mientras giraba sobre sí mismo a consecuencia de los impactos, el otro ayudante del *sheriff* se unió a la fiesta.

Sus dos puños buscaron también el rostro de Kid.

Éste lanzó un fantástico zarpazo.

Y el ayudante, que se las había prometido muy felices, rodó por tierra. Al menos hasta diez minutos después no se enteró de lo que acababa de sucederle.

Pero eso dio facilidades a Buchanan. Kid no pudo cubrirse ante sus nuevos golpes.

Y los recibió de todas marcas: un crochet, un directo, un jab…

Cayó a tierra, sintiendo que el mundo entero daba vueltas en torno suyo.

Las piernas ya no le sostenían. No volverían a sostenerle hasta al menos cinco minutos después.

Pero su ánimo no había decaído. Sonrió con insolencia al *sheriff*.

—¿Qué pasa, Buchanan? ¿No se anima? ¿Por qué no dispara de una condenada vez?

El *sheriff* rechinó los dientes.

Extrajo el revólver y apretó espasmódicamente la culata, mientras apuntaba a la cabeza de Kid.

Éste seguía sonriendo.

Desafiándole con la mirada.

—Hala, Buchanan, dele gusto al dedo. ¿A qué espera? Yo no lo pensaría tanto…

Los dientes del *sheriff* volvieron a rechinar.

Dio la sensación de que iba a apretar el gatillo, pero se detuvo en el último segundo.

—¡No puedo olvidar que te debo la vida! —masculló—. ¡No te puedo matar así, a sangre fría! ¡Pero lárgate, maldito bastardo!

¡Lárgate!…

—No voy a hacerlo, *sheriff*. Me quedaré en Meridian hasta que haya terminado.

—¿Terminado qué?…

—Mi trabajo.

—Es un trabajo siniestro, supongo…

—Bastante.

—Pues voy a hacer algo que tampoco me gusta hacer, Kid, pero acabo de tomar la decisión. Hasta ahora me ha detenido el hecho de que me salvaras la vida, pero supongo que ésa fue una maniobra por tu parte. De modo que volverás a estar entre rejas. Y desde aquí serás trasladado a Yuma en las condiciones de máxima seguridad. Te lo juro…

Kid tenía los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

No parecía preocuparle demasiado lo que acababa de oír, aunque, si volvía a estar entre rejas, eso significaría su total fracaso.

—Muy bien, Buchanan, venga a buscarme.

—Acércate tú. No puedes elegir. Te estoy apuntando.

Kid sonrió de nuevo secamente.

Se acercó.

Buchanan hizo girar rápidamente el revólver en la derecha, empuñándolo por el cañón. Así la culata le quedaba libre. Fue a descargarla sobre la cabeza de Kid.

Pero éste no estaba dispuesto a recibir más.

Y no estaba tampoco dispuesto a entregarse.

Bruscamente se ladeó mientras la culata se estrellaba contra su hombro derecho. Sintió un vivísimo dolor, pero eso no le impidió realizar el segundo movimiento previsto. Ese movimiento consistió en golpear rápidamente, con un tacón, la parte posterior de la rodilla derecha del *sheriff*.

Éste vaciló.

Un golpe propinado con el canto de la mano derecha envió a Buchanan a tierra.

Todo había sido tan rápido que éste aún no comprendía lo sucedido. Intentó girar el revólver de nuevo.

Un puntapié de Kid lo envió lejos, por los aires, causando al mismo tiempo un terrible dolor en los dedos al *sheriff*.

De los dos ayudantes de éste, uno se hallaba sin sentido aún. El

otro alzó el revólver.

Pero no pudo disparar.

Kid había dado un salto, pegándose al costado de uno de los caballos. De repente, desapareció del campo visual del comisario. Éste disparó al fin hacia el borde superior de la silla, con la esperanza de alcanzar alguna de las manos de Kid.

Pero el caballo ya huía. El comisario vaciló unos segundos, no sabiendo si atender al *sheriff* o huir en persecución de Kid.

Buchanan masculló:

—¡Tenemos dos caballos! ¡Hay que seguirlo!

Los dos saltaron a lomos de los animales. Kid llevaba ya un centenar de yardas de ventaja. Montó ya del todo sobre la silla y picó espuelas, dirigiéndose hacia unos enormes campos de maíz que había más allá de unas rocas.

Buchanan gritó:

—¡Si llega allí, se escapará! ¡Hay que tumbarle antes!

Y disparó, siendo imitado por su ayudante.

Pero Kid era un verdadero diablo haciendo quiebros con su caballo. Era como un baile increíble. El caballo saltaba de costado, rebrincaba, fintaba… No estaba ni tres segundos en el mismo sitio.

Pronto pasó la zona rocosa y se perdió en el maizal.

Era lo que había temido el *sheriff*.

Una vez allí, Kid saltó de la silla y se perdió entre los altos tallos. Naturalmente, se veía al caballo, pero no se veía a él. Y el movimiento que causaba el corcel al correr alocadamente de un lado para otro, impedía seguir la pista de Kid por el vaivén de los tallos.

El fugitivo llegó fácilmente al otro lado del campo. Los dos hombres que le perseguían estaban perdidos en él como dos nadadores perdidos en el océano, sin saber adonde dirigirse.

Media docena de hombres hubieran podido rodear el maizal, al menos en parte.

Dos no podían hacer nada.

Kid corrió por una pequeña zona descubierta, ya mucho más tranquilo, y llegó a otro sector rocoso que ya limitaba casi con los grandes apartaderos de ganado que había al sur de la ciudad, y que constituían en realidad un laberinto en el que también podía ocultarse un hombre.

Así llegó a Meridian.

Procurando no ser visto, se dirigió a la parte posterior del hotel más importante de la ciudad. Trepó en silencio por la pared, valiéndose de unos salientes que ya parecía tener muy bien estudiados, y llegó hasta una ventana de guillotina, medio alzada, por la que entró.

La habitación estaba muy bien amueblada.

Era, sin duda, la mejor del hotel. Y se notaban en ella algunos detalles femeninos bastante esenciales, como, por ejemplo, las finas ropas de seda dobladas sobre el borde superior del biombo.

Kid se sentó en una de las butacas.

No estaba cansado en absoluto, a pesar de la agitación de la última media hora. Pero, en cambio, estaba pensativo. Una profunda línea de preocupación partía en dos su frente.

Extrajo un cigarrillo y lo puso entre sus dientes.

Pero se olvidó de encenderlo.

Una nube de sombríos pensamientos parecía flotar sobre él. En sus ojos apareció un brillo peligroso.

Y de pronto, la puerta de la habitación se abrió.

Una mujer entró en ella, cerrando a su espalda, sin darse cuenta de que había allí alguien más. De pronto se llevó una mano a la boca, ahogando un gemido.

—¡Kid!…

—No sé de qué te sorprendes, muñeca. Habíamos acordado en que tu camerino o esta habitación serian mi refugio. Ya sabes que hasta ahora nadie me ha buscado aquí.

Irma se estremeció.

En sus ojos brilló una chispita de desprecio.

—Ya estoy harta de ti…, ¡asesino!

—Me has llamado eso demasiadas veces, muñeca.

—¡Te llamo lo que eres!

Kid hizo un gesto de resignación.

—Debiste pensarlo antes, cuando te ofrecieron este arreglo. Si no te gustaba tratar con asesinos, pudiste entonces haber dicho que no.

—No es lo mismo oír hablar de un asesino que convivir con él. No es lo mismo saber que tiene que matar a ciertas personas que ver a esas mismas personas muertas en la calle, bañadas en su

propia sangre.

—Tampoco para mí es agradable —dijo Kid.

—¡Pero no te importa hacerlo! ¡Éste es para ti un trabajo como otro cualquiera!

—Sí. Reconozco que es un trabajo casi rutinario.

Ella se estremeció de un modo casi brutal, antes de tensar todo su cuerpo como un arco.

—¡Te odio! —gritó—. ¡Te odio!

Y golpeó a Kid con la mano abierta en plena cara.

El chasquido resonó en la habitación, pero Kid ni siquiera parpadeó.

—Es la segunda vez que me pegas, preciosa —dijo—. Y me gustan tus manos, pero no cuando se mueven a esa velocidad.

—¡Pues aún no has visto nada! —barbotó ella.

Y volvió a golpearle otra vez, con todas sus fuerzas. Kid se levantó. El cigarro ya no estaba en sus labios; había salido disparado de entre ellos. Irma siguió golpeando, pero ahora en el pecho, en el cuello, en las cejas.

Kid tampoco se movía.

Tampoco pestañeaba.

Hasta que sus manos subieron a la altura de los brazos de la muchacha. Hasta que los frenaron como si las manos de Kid fueran dos garfios de acero. Hasta que ella quedó quieta, jadeante, temblorosa, vencida.

Kid musitó:

—Ya basta… Ya es suficiente, preciosa.

E inclinó la cabeza.

Fue algo brusco, casi inesperado. Algo que quizá él no buscó, y que Irma, por supuesto, no pudo prever.

Sus labios se encontraron.

Fue un beso duro, tenso.

O no fue un beso.

Quizá fue un choque brutal de sus voluntades, un desafío, algo que sellaba el odio a muerte de los dos.

Poco a poco, ella se soltó. La presión de las manos de Kid se había aflojado.

Irma se retiró, retrocediendo hasta la pared. Sus espaldas chocaron con ella. Daba la sensación de estar aún acorralada.

Se llevó poco a poco la derecha a la boca, como si los labios le quemasen.

—Miserable… —balbució.

—Lo siento —musitó él—. Ha sido sin darme cuenta.

—Me has besado… Me has besado cuando estás prometido a otra mujer…

—Es cierto —musitó Kid, pensativamente—. Estoy prometido a Marian Graw. Íbamos a casarnos esta primavera…

CAPÍTULO X

Una pesada losa de plomo pareció abatirse sobre los dos. Parecía como si aquellas sencillas palabras hubieran creado una tensión dramática entre ambos, una tensión más dramática aún que la que siguió al beso. Dejaron de mirarse. Kid anduvo unos pasos por la habitación, con la barbilla hundida sobre el pecho. Al fin produjo un chasquido con dos dedos de su derecha.

—Marian es una buena muchacha —susurró—. Mejor muchacha que tú. Porque tú, Irma, eres, al fin y al cabo, una orgullosa señorita del Sur. Vete al diablo.

Y se dirigió a la puerta.

Pero algo le detuvo. Con la mano en el pomo, sin girarlo aún, se volvió lentamente.

Irma se había vuelto hacia él.

—¿Y sin embargo, qué? —preguntó, con voz tensa.

—Ha habido un momento en que me ha parecido que eras algo más que una señorita del Sur. Ha habido un momento en que me has parecido toda una mujer. Pero olvídalo. La vida no está hecha de momentos fugitivos, sino de tristes realidades que duran años.

Y salió.

Irma le llamó en el último segundo, crispando sus manos sobre la garganta.

—¡Espera!

Pero él ya no la oyó. O no quiso oírla. Despareció en el silencio de las habitaciones del hotel.

No podía negar que estaba en situación difícil.

El *sheriff* le buscaba, y además aún tenía varios enemigos en Meridian. No era sólo Buchanan. También existían otros tipos que le obligarían a matar…

Avanzó a lo largo de una calle secundaria, por la parte posterior

de las casas.

Y de pronto vio aquel carruaje.

Era una diligencia sin caballos, levemente inclinada, pues dos de sus ruedas se hundían en un desnivel. Debía estar allí para ser desguazada, pese a que aún era relativamente nueva. Pero no estaba vacía, sino que dentro había alguien.

Kid vio el reflejo del rostro en la ventana, cuyo cristal estaba alzado y medio empañado por el polvo.

Bisbiseó:

—Marian…

Abrió de un tirón la portezuela y se introdujo en el interior. La muchacha que estaba allí dentro, esperándole, vestía de negro. Llevaba un sombrero muy gracioso, del que partía un espeso velo también negro, que le cubría la cara.

Kid repitió:

—Marian…

Alzó poco a poco aquel velo. Sus dedos temblaban. Por un momento pensó que aquello era verdad, que iba a encontrar ante sus ojos a una mujer leprosa.

Pero el rostro de Marian no tenía ninguna huella de la terrible enfermedad. Era un rostro terso, limpio. El rostro de una mujer que parecía esperar ser besada.

Kid no buscó sus labios. No supo por qué, pero algo le detenía. Se sentía medio paralizado por la emoción y también por la sorpresa.

—Marian —susurró—, ¿cómo estás aquí?

—He pensado que éste era un buen sitio para vernos sin que nadie lo notara.

—Pero teníamos que encontrarnos en la casa de la colina… Eso formaba parte del plan. He ido allí y por poco me liquidan. Aún no estoy seguro de que tenga toda mi piel encima. No sé ni cómo he podido salvarme.

—Han llegado varios pistoleros —dijo ella—. Supongo que me buscaban para hacer con mi piel lo mismo que querían hacer con la tuya. He tenido que huir.

Kid tomó las manos de la muchacha, apretándolas cálidamente.

—Es extraño todo esto —dijo—. Muy extraño. A veces aún no puedo creer que sea realidad.

—Todo ha cambiado demasiado, ¿verdad?

—Ha cambiado de un modo increíble —dijo Kid.

Y con los ojos perdidos en el cristal del vehículo, a través del que apenas se veía la calle, recapituló:

—Yo siempre he sido un hombre que vivió de su gatillo. ¿Para qué negarlo? Siempre he sido un pistolero. Pacificador de ciudades, protector de manadas por rutas peligrosas… Bueno, tú ya sabes. ¡Hace tantos años que me conoces! Pero siempre había sido un hombre que actuaba del lado de la ley. Hasta que… hasta que maté a Lambert.

Ella retiró las manos poco a poco, mientras musitaba:

—¿Por qué recuerdas eso? Déjalo. Te hace daño recordar.

—Ya lo sé que me hace daño… No quisiera acordarme de muchas cosas, pero ahora es indispensable que lo haga. Cuando maté a Lambert, todo cambió. Lo hice en defensa propia y teniendo la razón de mi parte, porque Lambert no era sino un ladrón y un canalla. Pero era también muy peligroso, y los hombres que dependían de él, los hombres que medraban a su costa, no me lo perdonaron.

—Te transformaste en un fugitivo, pero el *sheriff* Buchanan te capturó, te condenaron a muerte y te enviaron a Yuma —susurró ella—. Todo un panorama para recordarlo… ¿Por qué no lo olvidas de una vez?

—No puedo, porque directamente desde Yuma he llegado aquí. Porque fue en aquella podrida cárcel donde me hicieron la proposición más increíble de mi vida. Me dijeron que un pistolero profesional como yo era el único que podía conseguirlo.

Ella guardó silencio.

Tenía la mirada perdida.

En voz baja, Kid continuó:

—Los generales Grant y Lee iban a reunirse en secreto para tratar de las posibilidades de paz. Pero había mucha gente a la que interesaba la continuación de esta maldita guerra, gente que estaba dispuesta a liquidar a los dos generales o al menos a uno de los dos. Una verdadera banda de asesinos —asesinos aún peores que yo—, fue contratada por un jefe que aún desconocemos y congregada en esta ciudad.

La orden que me dieron fue: «¡Deshaz ese grupo! ¡Mátalos sin

piedad! ¡Si lo consigues, no sólo habrás hecho un enorme favor a tu país, sino que conseguirás la libertad! ¡Tu revólver te abrirá camino! ¡En el revólver tienes la salvación, muchacho!».

Apretó un momento los puños, mientras continuaba:

—Por eso vine aquí. En el camino me informaron de dos cosas sorprendentes: Una, el *sheriff* que me capturó era el mismo que ahora estaba en Meridian. Dos, tú ibas a servirme de enlace en caso necesario, y también me protegerías si llegaba a hacer falta. Habrías llegado a la ciudad pasmando a todo el mundo con tu belleza, para, al cabo de unos días, pintarte unas manchas en las manos y decir que estabas leprosa. Todo el mundo se apartaría de ti. Podrías ir a vivir tranquilamente, solitaria, a aquella casa de la colina, a la que no se acercaba nadie. Ése sería un buen refugio si yo llegaba a necesitarlo. ¿Pero por qué te convencieron, Marian? ¿Por qué entraste en este juego macabro?

—Lo hice para ayudarte, Kid. Tú eres lo único que me interesa en el mundo. Y si con mi intervención podías tener, éxito y ganar la libertad, yo no podía negarme.

Acarició suavemente la mejilla izquierda de Kid con su mano.

El joven sintió la casi irresistible tentación de besarla. Pero se contuvo. No era el momento de pensar en el corazón. Cualquier enemigo podía verlos allí, y no era cuestión de que los sorprendiese distraídos.

Kid continuó:

—Naturalmente, no conocía a los hombres a los que debía matar, ni podía perder tiempo en descubrirlos. De eso se encargaría una muchacha que ya llevaba algún tiempo aquí, una señorita del Sur llamada Irma, que gracias a su fuerza de voluntad se había transformado en una atractiva y espectacular cantante frívola. Irma había visto su casa destruida por la guerra, había visto sus padres deshechos por las granadas en un duelo de artillería, sin saber quién era en realidad el responsable de su muerte: si el Norte o el Sur. Odiaba la guerra con toda su alma y estaba dispuesta a colaborar para que esa cuadrilla de asesinos no estropease la posible paz. Como una bailarina frívola oye muchas cosas y recoge muchas confidencias, podía llegar a saber perfectamente quiénes eran esos asesinos a sueldo. Una leve variación en la letrilla de las canciones que cantaba me indicaba su identidad de una forma que yo sólo

entendía. Luego era mi revólver el que tenía que hacer el resto.

—¿Pero por qué no te daba los datos directamente? —preguntó Marian, con voz donde parecía existir un trémolo de celos—. ¿No estuviste algunas horas oculto en su camerino?

—Naturalmente, me había hablado de esos dos tipos —dijo Kid —. Del tahúr del chaleco floreado que por fuera era blanco y del buitre esclavista al que las hormigas habían medio devorado un pie. Pero con la canción me confirmaba que ya podía actuar. No hacía falta ni que nos viésemos. Era ella, que conocía muy bien los movimientos de esos tipos, la que escogía el momento de la acción. Su canción era como un toque de trompeta: *Ya puedes actuar*.…

Marian asintió.

—Comprendo. Pero has vivido… con esa mujer…

Kid se mordió el labio inferior.

No quiso decir que la había besado.

Quizá por eso, por un sentimiento de vergüenza, no quería ahora besar a Marian.

Ella, con típica intuición femenina, había notado aquella extraña tensión interior.

Musitó:

—¿Qué pasa…?

—Nada… —Kid hizo un esfuerzo por desviar la conversación—. Pensaba que está ocurriendo algo muy curioso. Buchanan y yo luchamos por la misma causa: él también tiene por misión lograr que esa conferencia de los dos generales se celebre y llegue la paz. Pero no sabe que yo estoy de su parte. Lo único que anhela es meterme entre rejas…

—¿Por qué no le hablas?

—Cuando me encargaron de esta misión, los miembros del Gobierno que me impusieron las condiciones me dijeron muy claramente que no debía hablar de esto con nadie, excepto con Irma, y más tarde, contigo. No estoy autorizado, por tanto, a decir nada a Buchanan. Además, ¿para qué? Él tampoco me creería.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Seguir actuando como un lobo solitario, igual que hasta ahora.

—¿Cuántos hombres tienes que eliminar aún? ¿Cuántos de esos asesinos quedan?

—No lo sé exactamente, pero la última vez Irma me habló de

dos más. Ésos son los que tienen por misión matar a Grant y a Lee. Antes eran cuatro y ahora sólo son dos. Pero hay otros tipos que los protegen. Otros pistoleros de segunda fila que están deseando cazarme también. No doy por mi propia piel ni un níquel falsificado, Pequeña…

Y la sujetó tiernamente por los brazos, acercándola a sí. Una ola de ternura le envolvió. ¡Hacía tantos años que conocía a Marian! ¡Habían hecho tantos planes juntos, hasta que el destino torció las cosas!

Ella había entreabierto los labios.

—Bésame…

Su voz era pastosa, lenta. Su voz era ya como una caricia.

—Bésame…

Kid se había olvidado de todo lo que no fuera la presencia obsesionante de la mujer. Se había olvidado ya de Irma.

Sus labios se encontraron.

Y fue entonces cuando «sintió» la muerte. Cuando la sintió llegando como un soplo por la espalda.

CAPÍTULO XI

Al inclinarse sobre Marian, había dejado de ver una de las ventanas. Fue el cristal de ésta el que se movió casi imperceptiblemente. Y por el hueco pasó un brazo terminando en el filo de un largo cuchillo «Bowie».

Kid no llegó a verlo. Fue un presentimiento y nada más. Le avisó el leve zarandeo del coche. Pero así como otro hombre no hubiera sacado ninguna consecuencia de aquello, él dedujo, en cambio, que se estaba jugando la piel.

Se dejó caer sobre el asiento frontero, todavía abrazado a Marian.

—Loco… —dijo ella.

Quizá ella pensaba que aquel brusco movimiento obedecía a un deseo muy distinto.

Pero las cosas, a partir de aquel momento, se sucedieron con mucha rapidez. Con una rapidez casi alucinante.

El tipo que había manejado el cuchillo lanzó una imprecación al fallar. Al ver que la hoja de acero no encontraba un estuche de carne.

Kid vio confusamente su silueta a través del sucio cristal.

Le hubiera gustado sujetarle el brazo y rompérselo, pero en la posición en que se hallaba, no podía. Marian no hacía más que estorbarle, al haber quedado casi encima de él. Lo que hizo Kid entonces fue propinar un doble y terrible puntapié a la portezuela.

Ésta se abrió como si la hubiera empujado la fuerza de un huracán. Y, naturalmente, el tipo que se apoyaba en el estribo, salió también despedido y dio una vuelta de campana en el aire.

Kid voló por el hueco de la portezuela.

Cayó sobre el frustrado asesino.

Éste aún disponía del «Bowie», pero estaba tan sorprendido que no acertó a reaccionar en los segundos decisivos. Además, Kid

dominaba mucho mejor la técnica de la lucha cuerpo a cuerpo.

Sujetó la derecha de su enemigo, con la que empuñaba el «Bowie», y la giró bruscamente.

El asesino no tuvo tiempo ni de volver la cabeza.

Su propio cuchillo le segó la garganta. Lanzó un gruñido gutural y tendió ambas piernas al aire, pero ya sin fuerzas. No pudo desembarazarse de Kid. Mientras tanto, un espantoso chorro de sangre comenzaba a brotar de su cuello.

Kid saltó hacia atrás.

Alguien más venía sobre él. Llevaba un ancho y largo machete mexicano.

Por lo visto, querían matarle en silencio, discretamente, sin que el *sheriff* se enterare. No en vano estaban casi en el centro de la ciudad.

Kid alzó ambas piernas. Saltó y clavó los tacones en el pecho de su enemigo, que encontró el vacío delante de su machete.

Los dos cayeron a tierra. El otro se levantó antes. Lanzó un gruñido mientras atacaba de nuevo.

Pero si Kid no se había levantado a tiempo, era porque le convenía más estar así. Tendió la pierna cuando su enemigo avanzaba, y le puso por delante un plantillazo de los que años más tarde prodigarían los defensas de fútbol, con gran desesperación de los contrarios y de los árbitros.

Pero aquí no había árbitro.

El del machete cayó.

Kid fue a lanzarse sobre él, pasando a la ofensiva, pero en ese momento se oyó un disparo. El tipo se estremeció. El machete resbaló de entre sus dedos.

Kid volvió la cabeza.

Marian, desde el estribo del coche, apuntaba aún con un «Derringer» humeante entre sus dedos.

—Has hecho una tontería… —susurró Kid—. Va a llegar el *sheriff*.

—Iba a matarte.

—No le hubiera sido tan fácil conseguirlo. Pero ahora preocúpate de huir, Marian. Va a ser un feo asunto, si te atrapan delante de un muerto y con un revólver en la mano. Deja que yo cargue con el paquete, porque ya no importa más. ¡Tú huye!

—¿Huir? ¿Adónde?

Marian parecía desorientada.

—¡En la casa donde estabas antes ya no creo que queden pistoleros! ¡Por el momento, puedes volver allí!

—Pero ¿y tú, Kid? ¿Qué vas a hacer?

—Por mí no te preocupes. ¡Estoy acostumbrado a huir!

—De acuerdo, volveré allí. ¡Pero ven a verme!

—Procuraré hacerlo esta misma noche. Y ahora… ¡no pierdas tiempo, Marian! ¡Huye! ¡El *sheriff* va a llegar!

La muchacha dio un ágil salto y desapareció por detrás del carruaje. Un instante después ya se había perdido hasta el rastro de su perfume.

Kid miró en torno suyo.

Ciertamente, el *sheriff*, o al menos alguno de sus comisarios, llegaría de un momento a otro. No podía quedarse allí.

Saltó él también, desapareciendo entre las casas.

Poco después se oían gritos de furia y también más de una maldición. El *sheriff* Buchanan tenía motivos más que sobrados para arrepentirse de estar en Meridian.

Desde días antes, no hacía más que encontrar muertos por todas partes. Y a veces llegaba a tener la sensación de que pronto iba a tropezar con su propio cadáver.

Mientras ordenaba levantar los cuerpos, dijo a uno de sus comisarios:

—Vete a pedir al de pompas fúnebres que amplíe su negocio enseguida…

Había caído de nuevo la noche sobre la ciudad.

En apariencia, todo estaba en calma.

Mientras la guerra rugía aún a no demasiadas millas de distancia, Meridian era un raro oasis de paz. Diríase que allí nadie corría peligro. Pero el *sheriff* Buchanan sabía lo engañosa y falsa que era esa sensación.

El saloon, como siempre a aquella hora, estaba lleno.

La gente no se cansaba de oír a Irma. Bueno, no se cansaba de verla, que no es lo mismo. El pianista, mientras aporreaba las teclas, esperaba con impaciencia ver moverse las piernas de la muchacha, que iba a aparecer de un momento a otro.

Cuando Irma hizo su salida al escenario, la gente se rompió las manos aplaudiendo. Hubo los gritos, los vítores y los «Nena, muévete más» de siempre.

Irma miró al público, a aquellas caras que ya conocía demasiado bien. Ninguna de esas caras le recordaba a Kid, al que no había vuelto a ver. Apretó las manos para dominar su turbación, porque no sabía lo que le ocurría esta noche.

Con voz clara, cantó:

> Yo te di todo mi amor
> la noche que nos quisimos,
> mas tu frente de metal
> nunca conoció el cariño.

La gente estaba un poco perpleja.

No acababa de entender aquellas letrillas con las que de vez en cuando se destapaba la joven artista. ¿A qué demonios venía aquello de «tu frente de metal»? Pero ya se sabe que en esa clase de canciones sólo se buscan palabras que suenen bien y que, más o menos, sugieran cosas. Además, el público se olvidó inmediatamente de aquella sorpresa inicial, porque Irma atacó un alegre baile ranchero.

> ¡Vaqueros, a bailar!
> con las niñas, las niñas, las niñas,
> a jugar, a jugar, a jugar…

Esta letra entraba mucho más de lleno en los gustos de aquel público, que enseguida se puso a aullar de entusiasmo. La música estridente lo llenó todo. Las palmas echaban humo.

Ya todo el mundo se había olvidado de la primera letrilla.

Todo el mundo menos un hombre que estaba pegado al tejado del saloon, teniendo las estrellas encima de su cabeza. Aquel hombre había pasado largas horas allí, consiguiendo no ser visto. Y oía perfectamente las canciones que, algo más abajo, entonaba Irma.

Kid se pasó el dorso de la mano por la boca.

Bueno, había llegado la hora de actuar.

Confiaba en que no tendría que volver a hacerlo. Tal vez aquel

asesino fuera el último al que tuviese que eliminar.

Claro que siempre quedaría el jefe…

El jefe… ¿Quién podría ser el que había organizado aquel equipo? ¿De quién dependían aquellos asesinos a sueldo? ¿Quién les pagaba?

Estas preguntas desfilaron por el cerebro de Kid mientras se dejaba resbalar por el tejado poco a poco, sin ruido. Pero pronto decidió olvidarse de aquello. Lo que hubiese que averiguar lo averiguaba Irma, que estaba en mucha mejor situación que él para eso.

Saltó al callejón lateral del saloon, donde había un par de borrachos que ni siquiera se dieron cuenta de su presencia.

Luego se deslizó entre las sombras con el silencio de un gato.

Sabía adonde tenía que ir.

¡Vaya si lo sabía!

En Meridian, como en muchas otras ciudades donde existía movimiento de tropas, había un hotel situado en las afueras. Era un hotel discreto, tranquilo, cerrado casi siempre. La clientela solía llegar por la noche. La gente sabía lo que pasaba allí, pero lo tomaba como una secuela inevitable de la guerra. Las tropas que estaban con permiso, hartas de jugarse la piel en los campos de batalla, no iban a pasarse el día tocando el violín, desde luego. Necesitaban emociones más fuertes.

Las huéspedes de aquel hotel eran viejas bailarinas que ya nada tenían que hacer sobre las tablas, alguna campesina de las cercanías y hasta algunas chicas de la ciudad que pensaban que la vida era fácil. Todas estaban gobernadas con mano de hierro por un tipo llamado Gurt, que las explotaba.

Desde que Meridian había sido declarada zona neutral, ya no iban tropas a aquel hotel.

El negocio pasaba, transitoriamente, por una mala época.

Pero Gurt seguía teniendo a las chicas allí y esperaba que las cosas volverían a animarse pronto.

Kid se deslizó poco a poco hacia la salida de la ciudad.

Conocía muy bien aquellos andurriales.

Podía decirse que ya se había ocultado en todos los rincones de Meridian, de modo que ninguno de ellos tenía secretos para él.

Avanzó hacia el hotel mientras dudaba sobre la táctica a seguir.

No sabía si llamar a la puerta y presentarse como un cliente más, o tratar de introducirse sin que nadie le viese.

Eligió esta última posibilidad.

Conocía bien el edificio. No era difícil trepar hasta una de las ventanas y tratar de introducirse por ella.

Lo hizo.

Ascendía en silencio, como un gigantesco gato.

Cuando estuvo junto a la ventana deseada, introdujo dos dedos por el borde de la hoja de guillotina, no cerrada del todo. Hubo de hacer un enorme esfuerzo para subir aquella hoja, pero al fin lo consiguió.

Se encontró en un dormitorio oscuro, equipado con muebles recargados y con muchos espejos. Allí dormía confiadamente una muchacha.

Kid pasó de puntillas, sin despertarla.

Se había quitado ya las espuelas antes de subir al tejado del saloon.

Abrió la puerta y se encontró en un corredor. En la casa no se oía nada. Kid siguió avanzando, con todos los nervios en tensión.

Abrió una puerta, tras la cual había una cortina que no dejaba pasar la luz.

Y al abrir la puerta con demasiada brusquedad, la cortina se vino a tierra. Kid se encontró de nuevo, para sorpresa y desesperación suya, en una gran sala tapizada de rojo. Allí había cinco chicas sentadas en un diván. De las cinco, tres valían realmente la pena. Y las posturas descuidadas en que estaban eran como para marear a cualquiera.

Todas lanzaron a la vez una serie de grititos.

Y no de desencanto, precisamente.

No estaban acostumbradas a recibir visitas de hombres como Kid.

La mayor parte de los que venían por allí eran tripudos, viejos y feos.

—¡Mirad, chicas!

—¡Éste sí que vale la pena!

—¡A por él!

Kid se vio mal, muy mal.

Temió acabar su vida del modo más desastroso posible, entre las

uñas de aquellas muñecas.

Alzó los brazos.

—¡Calma, muchachas, calma! Yo no he venido a lo que vosotras pensáis.

—Pues te vamos a hacer cambiar de opinión.

—No nos digas que no sabías dónde te habías metido.

Kid fue a decir de nuevo:

—Calma…

Pero en aquel momento, el cañón de un revólver se clavó entre sus rodillas.

—Sí que lo sabía… —dijo una voz ronca a su espalda—. ¡Claro que lo sabía!

Y una mano pasó por el lado derecho de Kid, para arrebatarle el revólver.

Kid se fijó en aquella mano.

Tenía en los antebrazos unas enormes muñequeras de hierro, con agudos salientes que eran casi pinchos.

Un solo golpe de antebrazo de aquel tipo podía dejarle a uno para el arrastre.

Y, además, aquel tipo empuñaba un revólver.

La misma voz ronca dijo:

—Apóyate en aquella pared. Y siempre con los brazos en alto. Puedes volverte.

Kid obedeció.

Y se volvió, pudiendo ver así la cara de su enemigo.

Éste era un tipo bajo, cuadrado, enormemente fuerte. Tenía las piernas arqueadas y la cabeza calva como una bola de billar. Vestía unos pantalones tejanos y una camiseta gris, muy sucia y llena de agujeros. Sólo le faltaba llevar tapado un ojo para parecer enteramente un pirata.

Sin duda, era el guardián de aquellas chicas. Era Gurt. Pero no debía estar solo allí.

Miró a Kid con ojos sanguinolentos.

—No es casualidad que estés en esta casa —dijo—. Sé perfectamente quién eres…

—Mejor. Así nos ahorraremos las presentaciones.

—Has venido a matar a Temple…

Kid mintió.

—No sabía que Temple estuviera aquí.

—Pues está… Y de nada te va a servir saberlo ahora, amigo. Llegarás a tenerlo delante de ti, no te quepa duda. ¡Pero para entonces ya estarás muerto!

Y fue a disparar.

Una de las chicas gritó:

—¡Cerdo asqueroso! ¿Vas a matar al único hombre de verdad que ha entrado aquí en los últimos diez años?

—Ya ves que no te tienen demasiada simpatía, Gurt —dijo Kid, con una sonrisa cuadrada—. Ni siquiera te consideran un hombre.

Los dientes de Gurt rechinaron con rabia.

—¡Yo les enseñaré a estas puercas! —dijo—. ¡Demasiado blando he sido con ellas!

Y, sin dejar de apuntar a Kid, movió la izquierda para golpear con el antebrazo a la muchacha que estaba más cerca, y que era la que acababa de hablar.

El impacto fue brutal.

La muchacha cayó hacia atrás, con la cara llena de sangre.

Otra gritó:

—¡Canalla…!

Y fue a lanzarse sobre Gurt. Pero hubo alguien que se adelantó. Kid se había movido con fulminante rapidez, decidido a aprovechar aquella oportunidad que no se repetiría.

¡Y se lanzó al ataque!

El disparo resonó casi en su cara, mientras la llama le dejaba ciego.

CAPÍTULO XII

Su primera sensación fue una sensación de muerte.

Le habían disparado a quemarropa. La bala tenía que haberle atravesado la cabeza.

Pero unas fracciones de segundo después, se dio cuenta de que la quemadura había sido debida al fogonazo, proyectado materialmente sobre sus facciones. La bala sólo le había rozado, al desviar en el último instante una de las muchachas el revólver de Gurt.

Éste lanzó una imprecación.

Y con motivo, porque de pronto había quedado desarmado. Un terrible golpe de Kid a la parte interna de su codo, hizo que se le durmiera el brazo. No pudo seguir sosteniendo el revólver al recibir otro golpe, casi simultáneo, en los dedos.

Una de las muchachas gritó:

—¡Bravo!

Y otra:

—¡Dale!

Kid le estrelló los dos puños en la cara, arrancándole las cejas. Varias gotas de sangre saltaron hasta la calva de Gurt.

Éste movió el antebrazo derecho.

Quiso incrustar los salientes de metal en la cara de Kid, y si era posible, en su cuello. Pero su enemigo era demasiado ágil para dejarse atrapar. En lugar de encontrar a Kid, sólo encontró la pared. Ésta pareció cuartearse a causa del terrible impacto.

Kid aprovechó el fallo.

Su enemigo estaba desarbolado y sin preocuparse de la guardia. Metió los dos puños por entre los brazos del esbirro y le destrozó materialmente la mandíbula. Gurt lanzó un rugido de muerte.

Vaciló, al borde del K. O.

No sabía lo que le pasaba.

Nunca le habían atizado así.

Kid movió los puños otra vez. Era su momento. Uno-dos, uno-dos.

Los puños martillearon sobre la cara de Gurt, hasta deshacerla, entre los gritos de entusiasmo de las chicas. Gurt vaciló. Ya no podía ni tenerse en pie.

Pero por un milagro de equilibrio lo hizo, y eso fue lo que le perdió. Más le valiera haber caído cien veces.

Dos derechazos seguidos le alcanzaron de lleno.

Fueron dos derechazos definitivos, brutales, en los que Kid cargó toda su fuerza y todo su peso.

Gurt cayó fulminado, con los ojos en blanco.

Una de las chicas le clavó cruelmente en la cara sus finísimos tacones, pero el esbirro ya no tuvo ninguna reacción. Eso sólo podía significar una cosa.

Una de las chicas gimió:

—¡Está muerto…!

Kid se inclinó sobre él.

En efecto, Gurt ya no tenía ningún reflejo vital. Los terribles golpes recibidos le habían lesionado el cerebro tan gravemente que ya no había podido recuperarse. La pegada de Kid, seca y fulminante, aniquilaba a un hombre cuando era aplicada con toda su precisión y fuerza. Gurt acababa de ser una de sus víctimas.

Las chicas miraban asombradas al caído.

Pero estaban acostumbradas a la violencia.

Pronto se olvidaron del muerto.

Kid las miró una a una, con una leve sonrisa, tratando de infundirles confianza. Iba a necesitar su ayuda, porque de lo contrario, en aquel hotel de grandes dimensiones, no encontraría al hombre que buscaba.

Una de ellas, una rubia de ojos ardientes, musitó:

—¿No has venido por nosotras?

Y una mexicana de cimbreante cuerpo:

—¿Qué buscas? ¿Por qué no te quedas aquí? Nosotras te cuidaríamos mucho, pero que mucho…

—Necesito encontrar a un hombre.

—¡Bah, no fastidies! ¿Buscas a un hombre habiendo aquí tantas mujeres?

Kid rió.

—A mis enemigos los suelo matar por parejas. Me falta uno.

—Eso es distinto. Si lo liquidas pronto y luego tienes tiempo para dedicárnoslo a nosotras…

—Busco a un tipo al que Gurt tenía protegido. Un fulano que estaba de huésped habitual aquí.

—Ah, ya sé —dijo la mexicana—. Debes de referirte a Lemy. No es más que un cochino pistolero.

—¿Dónde está?

—Ocupa la habitación número doce. Procuraba no salir nunca. Sólo de vez en cuando nos llamaba a una de nosotras.

—¿Recibía órdenes?

—Sí. Por lo visto hay un hombre que es su jefe, pero no llegamos a verlo nunca. Las órdenes se las transmitía Gurt, que era quien debía conocerle.

Kid miró al caído, lamentando haber acabado con él.

—Pero Gurt está muerto… —susurró—. Por desgracia, ya no podrá hablar. Tendré que intentar hacer cantar a Lemy antes de liquidarle.

La rubia musitó:

—¿Por qué quieres ver a ese buitre? ¿Quién eres en realidad?

—Sólo soy un asesino —dijo, tranquilamente, Kid.

—Un asesino muy especial… Ten cuidado con Lemy. Es un sucio traidor. Te matará por la espalda si puede.

—¿Cómo se llega a la habitación número doce?

—Sube por las escaleras de servicio que hay al final del pasillo y te encontrarás ante la puerta. Seguro que no te esperará por allí. Creerá que vienes por la escalera principal.

—Gracias. Hasta luego, muñecas.

—Te esperamos.

—Procura no perder demasiado tiempo con ese buitre.

Kid sonrió y salió de la habitación, después de recuperar el revólver que le había arrebatado Gurt y comprobar su funcionamiento. Vio, efectivamente, las escaleras de servicio al final del corredor.

Subió por ellas.

No hacía ningún ruido.

Sus movimientos seguían siendo sigilosos como los de un gato.

Pero si esperaba sorprender a su enemigo, estaba equivocado. Lemy, desde su habitación, había captado los ruidos de la pelea, y estaba en guardia. Era él quien lo tenía todo preparado para sorprender a Kid.

Al final de las escaleras había un altillo muy pequeño, pero en el que podía caber un hombre. Lemy estaba allí. Su enemigo subía de espaldas.

Kid, naturalmente, no lo vio.

Al llegar al último peldaño, no sospechó ni mucho menos que el hombre a quien buscaba pudiera estar tras él.

Kid vio la puerta número doce.

Había contenido incluso la respiración para no hacer el menor ruido.

Se dispuso a empujarla.

Lemy, tras él, crispó sus facciones y asomó el revólver por el borde del altillo, dispuesto a disparar.

Apuntó a la nuca.

No podía fallar. El dedo fue a cerrarse sobre el gatillo.

Pero en aquel momento se oyó un grito.

—¡Cuidado…!

Era la muchacha mexicana, que conocía el hotel muy bien y había intuido la maniobra de Lemy. Fue ella la que llegó corriendo hasta el pie de las escaleras y vio sobresalir el revólver por encima del altillo.

Kid se volvió en fracciones de segundo.

Disparó por debajo del codo.

La bala se perdió en el aire, porque no había podido ver a su enemigo. Éste disparó dos veces con rabia, hacia abajo, cambiando la dirección del revólver.

La muchacha mexicana lanzó un grito.

Había sido mortalmente atravesada en el pecho.

Kid había girado ya. Vio a su enemigo y también disparó con odio. Las balas produjeron un brusco y extraño chasquido al perforar la cabeza de Lemy.

Como si no hubieran atravesado hueso.

Como si hubieran atravesado algo distinto.

Lemy se derrumbó silenciosamente. Cayó sobre el peldaño superior y rodó hacia abajo, igual que un saco demasiado lleno.

Casi fue a caer junto a la chica, que había muerto con los ojos abiertos.

Kid entornó los párpados con un gesto de rabia.

A él no le gustaba ver las chicas así.

Caso de poder, hubiese matado otra vez a Lemy, pero éste ya estaba bien listo.

Susurró:

—Lo siento.

Y saltó directamente por la ventana.

Fue un gesto inesperado, brutal.

La ventana quedó hecha astillas mientras Kid caía a la calle, tan oscura como el interior de un pozo.

Las muchachas se arremolinaron en torno a la muerta.

Ya parecían haberse olvidado de Kid.

Sólo les importaba aquella muchacha que parecía mirar al vacío, con los ojos espantosamente abiertos.

Por las mejillas de algunas de ellas corrían las lágrimas.

Y fue entonces cuando oyeron varios brutales golpes en la puerta.

—¡Abrid! ¡Abrid, en nombre de la ley!

El *sheriff* Buchanan había vuelto a seguir con acierto las huellas de Kid. Pero, como siempre, había sido incapaz de llegar en el momento preciso, antes de que los disparos se produjeran.

Fue la rubia la que abrió, con las facciones contraídas por el llanto.

Buchanan entró, seguido de uno de sus ayudantes.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué han sido esos disparos?

La rubia no contestó.

Buchanan entró rápidamente, tras darle un suave empujón.

Lo que vio le hizo lanzar un gruñido de rabia. No le importaba ver muerto a Gurt, al que hubiera deseado ver liquidado cien veces, ni tampoco ver muerto a Lemy, del que sabía era un asesino profesional. Pero el que lo había liquidado también era un asesino profesional. ¡Y no conseguía echarle el guante!

Sus ojos se enturbiaron al ver a la muerta.

—¿Quién ha sido?

—Lemy…

—¡Maldito perro!

—Ya no sirve de nada maldecirle. No volverá a ladrar.

—¿Y quién ha liquidado a Lemy?

—No sabemos. Un hombre alto, joven…

—¿Tenía los ojos grises?

—Sí.

—¡Maldito sea mil veces! ¡Era Kid! ¡Siempre Kid…! ¡Cuando le eche el guante le ahorcaré! ¡No diré una palabra más! ¡Le ahorcaré sin preguntarle ni su nombre!

El ayudante musitó:

—No es tan fácil, *sheriff*. Lo ha intentado por todos los medios, pero ese tipo es de los que saben pelear.

Buchanan era el primero en reconocer eso.

Pero no quiso comentarlo.

Se inclinó sobre el cadáver de Lemy y susurró:

—Mira…

—¿Qué pasa, jefe?

—Hay algo que ya está encajando demasiadas veces… ¿Has oído la primera canción que Irma ha interpretado esta noche?

—Sí, claro que sí.

—¿Qué te ha llamado la atención en ella?

—Hum… Era un poco extraña, aunque la música resultaba alegre. Pero la letrilla no me gustó. No sé qué diablos decía de una frente de metal.

—Mira.

El ayudante se inclinó.

Y no pudo evitar un grito de asombro.

Porque los impactos de las balas, y que habían destrozado casi la frente de Lemy, no sólo habían astillado el hueso. También habían convertido en esquirlas una ancha pieza de plata, que ocupaba gran parte del hueso frontal.

—Por lo visto, a Lemy tuvieron que hacerle una operación tiempo atrás —murmuró el *sheriff*—. Una difícil operación… Alguna bala debió lesionarle parte del frontal, y entonces el cirujano se lo sustituyó, en la zona lesionada, por una pieza de plata.

El ayudante susurró:

—Fue ella quien le dijo que tenía que matarle…

—Ya no cabe duda —masculló el *sheriff*—. Irma dirige esta

cadena de asesinatos. Voy a echarle el guante también a ella. Le haré el honor de ahorcarla junto a ese perro de Kid…

CAPÍTULO XIII

Irma estaba en su hotel, con las luces de la habitación apagadas. En contra de su costumbre, había bebido un poco de licor. Se sentía inquieta y desasosegada esta noche.

Paseaba de un lado a otro nerviosamente.

Tenía la sensación de que toda la ciudad era una gigantesca trampa.

Ahora reinaba el silencio en las calles. Hasta los últimos borrachos se habían retirado a sus casas, o al menos dormían por los rincones. Sólo ella estaba despierta y anhelante.

No sabía lo que le ocurría.

Hubiera abofeteado a Kid otra vez, y al mismo tiempo sentía unos deseos vehementes de verle.

De pronto, oyó pasos.

En el silencio de la calle, alguien se acercaba al hotel.

Pero procuraba no ser oído. Procuraba no llamar la atención, y sus pasos eran apenas como roces en las tablas de los porches.

Fue eso lo que la intranquilizó.

Se asomó a la ventana, descorriendo ligeramente las cortinas, y miró hacia la calle.

Pudo distinguir a dos hombres que avanzaban por el porche frontero. Otro debía estar casi junto a la puerta del hotel. Aquellos dos hombres, obedeciendo a una seña, pasaron hacia este lado de la calle.

La luna arrancó reflejos a sus estrellas.

Eran los comisarios del *sheriff*.

La muchacha se estremeció.

Debían haber descubierto la relación que tenía con Kid, e iban a capturarla.

Miró angustiada en torno suyo.

Sus ojos se clavaron en una de las ventanas de la pieza, una

ventana que daba al callejón lateral del hotel y en la que era muy posible no hubiesen reparado.

Alzó la hoja de guillotina y se dispuso a saltar por allí.

No se veía a nadie abajo.

Irma vaciló, porque era la primera vez que se deslizaba desde una ventana, a la altura de un primer piso.

Cayó y lo hizo mal.

Estuvo a punto de romperse un tobillo. Y se lo hubiera roto sin remisión de no haberla recogido, abajo, unos brazos fuertes como el acero, cuando estaba a punto de rodar por tierra.

Irma lanzó un gemido de sorpresa.

La luz de la luna, que penetraba irregularmente en el callejón, le había permitido reconocer a aquel hombre.

—¡Kid!

Kid musitó:

—Vámonos pronto de aquí. Esos hombres no tardarán en darse cuenta de que has huido.

Llegaron en silencio hasta el fondo del callejón. En él había una pequeña empalizada que saltaron, encontrándose en una calle lateral, al final de la cual estaban los campos.

Pocos minutos después, ya habían salido de la ciudad.

Podían considerarse a salvo, al menos de momento. El *sheriff* Buchanan no sabría dónde buscarlos, y como no disponía de hombres para dar una batida en regla, tendría que renunciar a su intento.

Por un sendero abierto entre los campos de maíz, llegaron a una cabaña en la que durante el día se guardaban herramientas. Ahora estaba vacía. Había una lámpara de petróleo colgando del techo, pero no la encendieron para no llamar la atención. La luz de la luna les alumbraba lo suficiente.

Hasta entonces no habían hablado más que unos cuantos monosílabos. Fue Irma la que rompió el silencio.

—¿Por qué me has ayudado?

—Imaginaba que vendrían a buscarte. El *sheriff* Buchanan no es tonto, y se habrá dado cuenta de una serie de coincidencias. Por eso he vigilado el hotel. Me hubiera gustado hablar antes contigo, pero no me he atrevido a hacerlo.

—¿Por qué?

—Sé que me desprecias.

Ella desvió un momento la mirada.

Había parecido vacilar. Pero enseguida dijo, con voz firme:

—Sí. Te desprecio. No eres más que un vil asesino.

—Un vil asesino que sirve a la causa de la ley y de la paz. Ésa es mi única disculpa. Soy asesino en el sentido en que también lo es un *sheriff* O un agente federal. Y no creas que me gusta este papel, pero pienso que es necesario. Como tú misma debiste creerlo también, al acceder a participar en este trabajo.

—Yo odio esta guerra —musitó Irma—. Me ha causado tantos sufrimientos, y he visto causar también tantos sufrimientos a los otros, que haré lo posible para que termine esta pesadilla.

—¿Crees que esta guerra no me fastidia también a mí? Es una guerra justa, pero debe terminar sin causar nuevas víctimas. Los dos bandos ya se han desangrado bastante. Haré lo que sea para que se firme la paz. Haré lo que sea…, incluso convertirme en un asesino profesional para acabar con otros asesinos profesionales que han cobrado para que siga corriendo la sangre.

Irma rió levemente.

Rió con una entonación burlona.

—¿Convertirte en un asesino profesional? —preguntó—. ¿Y qué eras antes? ¿No has sido un asesino profesional toda la vida, Kid? ¿Por qué crees que te desprecio?

—Sí —dijo Kid—. Siempre he vivido de mi gatillo. Eso es verdad. No supe hacer otra cosa.

—Asesinaste a un hombre… Estás condenado a muerte por eso.

—¿Te refieres a Lambert? No, no lo asesiné —musitó él—. Fue un duelo cara a cara y en el que, además, aquel granuja tenía todas las ventajas. Pero Lambert era demasiado poderoso… Hay cosas que no se le perdonan a un pistolero, y a mí no podían perdonarme.

Dio unos pasos por la choza, con las manos unidas a la espalda, mientras susurraba:

—Además, ni siquiera quería matarle. No tiré a dar. Era una advertencia la que quería hacerle, pero se me fue la mano. A veces uno apunta al hombre y alcanza la cabeza… Lo cierto fue que unos instantes después comenzaba la persecución. Me han perseguido como a un perro rabioso. No pude ver a mi enemigo en el ataúd, pero he pagado cien veces aquella muerte.

Llegó hasta la puerta, donde se detuvo, de espaldas a la muchacha. Sus ojos estaban perdidos en el vacío. Continuó:

—No sé si tú conoces esa parte sencilla y humana de la historia, Irma. Yo iba a casarme con una muchacha que me amaba, una muchacha llamada Marian Graw. Pretendía apartarme para siempre del camino del «Colt». Yo acababa de descubrir una mina.

—¿Una mina? Entonces, debías ser rico.

Kid rió sin alegría.

—Bueno, no era una mina exactamente… Se trataba de un sitio donde los miembros de una caravana, antes de ser totalmente aniquilados por los indios, escondieron sus pertenencias. Había no sólo monedas de oro, sino joyas muy valiosas. En especial un anillo con un zafiro que era uno de los más valiosos de América.

Irma le miró con interés. No porque le gustaron oír hablar de joyas, sino porque desconocía aquella parte de la vida de Kid.

—¿Cómo supiste que existía ese escondite? —preguntó.

—Por un viejo plano que encontré casualmente. No sólo hablaba del paradero de esas joyas, sino que había incluso el dibujo de algunas de ellas, en especial el anillo con el zafiro. Todo aquello estaba en el interior de una vieja mina abandonada. Empecé a trabajar y descubrir que estaba sobre el buen camino. El plano no mentía. Encontré algunas monedas y algunas joyas sin demasiado valor. Lo lamentable fue que obré sin malicia, y pronto se supo la noticia del descubrimiento.

—Y entre los que lo supieron estaba Lambert, ¿verdad?

—Exactamente. Lambert tenía ya mucho dinero, tanto dinero que no necesitaba para nada apoderarse de aquel botín. Pero su ambición era superior a su fortuna. Hizo matar a dos de los hombres que trabajaban conmigo. Comprendí que llegaría pronto mi turno y decidí adelantarme. Le desafié una noche y…

Produjo un chasquido con dos dedos, mientras volvía la cabeza.

—Ya ves… A causa de aquel desafío he venido a parar hasta aquí.

—Pudiste haber abandonado la mina —dijo Irma, que no quería encontrar disculpas para la actitud del pistolero.

—Sí, claro que pude haberlo hecho. Pude renunciar y huir como un cobarde. Pero eso no iba con mi carácter. Además, ambicionaba encontrar aquel zafiro para regalárselo a Marian. Ella también lo

deseaba con toda su alma. Cosas de mujeres, ¿sabes? Pero yo las comprendo muy bien. Además, ya habían sido asesinados dos compañeros míos y quería vengarlos. No podía volver atrás.

Rió quedamente otra vez, con desgana.

—Ésta es la historia de un asesino —dijo—. Ahora ya la conoces.

Se volvió y pudo ver entonces que la muchacha también se había puesto en pie.

Estaba muy cerca de él.

Terriblemente cerca…

Sus labios palpitaban.

Era una auténtica señorita del Sur y tenía toda la gracia, toda la perfección, toda la elegancia de las mujeres que han nacido para mandar. Descendía de una aristocracia que iba a morir con la guerra, una aristocracia que ya no existiría nunca más.

Pero, pese a esto, ella no era, ni mucho menos, una señorita inútil.

Había sabido luchar por un ideal. Se había movido en los ambientes más equívocos. Se había jugado la piel. Era una mujer de cuerpo entero, una mujer que, además de tener unas líneas maravillosas, tenía también un alma de acero.

Kid no quería mirarla.

No quería caer en la tentación irresistible de sus labios.

Fue ella la que susurró:

—Tú me besaste una vez, Kid. Me besaste a la fuerza.

—Sí.

—Ahora quiero… besarte yo.

Fueron sus labios los que se movieron, fue su boca la que buscó la boca del hombre.

Se produjo un instante de silencio, un instante tenso cuya duración no supo calcular ninguno de los dos.

Kid se desprendió poco a poco de los brazos de la mujer. Muy poco a poco, como si le pesara hacerlo.

Y salió de la choza.

¿Cuánto tiempo había transcurrido? ¿Media hora, un minuto, un día entero o un siglo? Kid no hubiera sabido decirlo.

Había perdido la noción del tiempo.

Mientras caminaba por los campos vacíos, se sentía como un borracho, como un sonámbulo, igual que si el beso de Irma le

hubiese narcotizado.

Pero al fin reaccionó.

Tenía un deber que cumplir. Tenía que asegurarse de que a Marian no la había ocurrido nada.

Mientras avanzaba hacia la colina, sentía como una sorda tempestad en su corazón.

Jamás le había sucedido eso. Jamás pensó que un hombre pudiera tener su corazón dividido entre dos mujeres y amarlas a las dos sinceramente.

Pero le estaba ocurriendo.

Y jamás se había sentido tan desgraciado como en ese maldito momento.

Vio al fin la casa de la colina, bañada quietamente por los rayos de la luna.

Todo estaba tranquilo. Allí debía esperarle Marian sin correr peligro alguno.

Llegó hasta la puerta.

—Marian… —bisbiseó—. Marian…

La oscuridad más absoluta reinaba en aquella casa.

Era lógico.

—Marian…

Nadie le contestó. Kid avanzó hacia la habitación donde había visto antes unas cuantas prendas femeninas.

Una levísima luz se esparcía por allí. Era una luz que apenas disipaba las sombras.

Vio a Marian. Marian estaba muy quieta, sentada en una de las butacas. Parecía una esfinge.

—Hola, Kid.

Su voz era pastosa y extraña. Sus labios apenas se habían movido para hablar.

—¿No has corrido ningún peligro, Marian?

—Ninguno. ¿Qué ocurre? ¿Estás preocupado, Kid?

—Lo estaba por ti.

—Acércate.

Kid se acercó.

Vio muy bien la figura de Marian.

La deliciosa Marian.

Y vio sobre todo sus manos, que ya no llevaban las manchas con

las que se había fingido leprosa.

Kid sintió una sacudida.

¿Qué era? ¿Qué le ocurría?

Ni él mismo lo supo en el primer momento.

Era como una alucinación. O como si de repente hubiera despertado de una pesadilla para darse cuenta de que la realidad era más turbia aún de lo qué había imaginado en sus delirios.

Miraba como hipnotizado las manos de Marian Graw.

Ésta musitó:

—¿Qué ocurre, Kid?

Las sombras partían aquellas manos en dos. Dejaban una zona de luz, una zona de tinieblas. Todo seguía siendo como una extraña pesadilla.

Pero Kid veía perfectamente lo que había en una de aquellas manos. Aquel anillo grande, brillante, de un incalculable valor.

Ella repitió:

—¿Qué ocurre, Kid? —Y añadió—: ¿Sorprendido?

Había movido levemente las manos, haciendo que el anillo brillara y destacase aún más.

Kid sentía que sus rodillas vacilaban.

Por primera vez en su vida era un hombre que había perdido las fuerzas, la energía, el valor.

Por primera vez en su vida era un hombre a punto de rendirse.

—No… No puede ser…

—¿Por qué no puede ser? ¿Te extraña que yo ambicionara este anillo? ¿Te extraña que ambicionara lo demás?

—Es… es el que estaba en la mina. Aquél cuyo dibujo figuraba en los planos… —balbució él—. Yo no llegué a encontrarlo, pero en cambio tuvo que encontrarlo Lambert. ¿Te lo dio él? ¿Te lo dio ese maldito perro?

Ella rió quedamente.

—¡Qué mal gusto tienes para calificar a las personas, Kid! Lambert es todo un señor, y yo, por supuesto, aspiro a ser toda una señora. Claro que me lo ha dado él. Si él se quedó con la mina, si él era un multimillonario y tú un perseguido, ¿con quién crees que iba a permanecer una mujer que esperaba llegar muy lejos? ¿Una mujer como yo?…

Kid sentía ahora que la cabeza le daba vueltas.

Un sabor amargo, espeso, le llenaba la boca.

—Entonces —dijo, sin llegar a creerlo—, ¿él no murió?

—No, no murió. Lo ocurrido fue que, después del desafío contigo, se ocultó muy astutamente, porque sabía que así te condenarían a muerte, mientras que de otro modo te hubieran dejado libre. Cuando pudo organizar este trabajo, el de matar a los generales Gran y Lee, se alegró de haber estado oculto. Nadie le iba a perseguir. Nadie persigue a los muertos.

Kid aún sentía que todo vacilaba en torno suyo.

Se enfrentaba con horror, con incredulidad, a aquella verdad repulsiva.

Marian continuó:

—Por supuesto, yo soy lo bastante bonita para que él se fijara en mí —dijo—. Y yo lo bastante ambiciosa para haberme fijado en él. Lambert y yo estamos unidos hace tiempo, lo mismo en el amor… que en los negocios. Lo maquinamos todo de forma que yo sirviera de enlace para la misión que te habían encargado a ti. De ese modo podíamos hacerla fracasar. De ese modo podíamos liquidarte cómodamente. Todos los atentados que has sufrido hasta ahora, lo mismo cuando viniste a buscarme aquí que cuando nos vimos en el interior de aquella diligencia, habían sido preparados por mí de común acuerdo con Lambert. Todos han fracasado, pero éste no fracasará. Ahora estás listo, Kid…

Era verdad.

La voz, metálica y fría, sonó a la espalda del joven.

—Te estoy apuntando, pistolero. Ahora no eres más que un sucio asesino que va a morir. Si sabes rezar…, ¡reza!

Kid se volvió levemente.

Sólo para ver al hombre que acababa de hablar desde la puerta.

Pero no era uno, sino dos.

Vio a la derecha a Lambert, más gordo y encopetado que nunca, con un «Colt» engarfiado entre los dedos.

Y vio junto a él a un sucio pistolero de la frontera, uno de esos tipos que parecen haber nacido llevando ya la marca de la cuerda. También ése llevaba un «Colt».

—Podía haberle matado nada más entrar —dijo Lambert—, pero no he resistido la tentación de que supieras la verdad. De que vieras a Marian así y supieras que ha sido mía. De que murieses con un

gusto amargo en la boca.

Y disparó.

Estaba seguro de acertar. Sabía que ningún hombre iba a ser lo bastante ágil para saltar de costado en el momento preciso, y sobre todo lo bastante intuitivo para adivinar el momento exacto en el que él apretaría el gatillo.

Pero Kid lo era. Kid era ese hombre. Gracias a eso aún estaba vivo.

De repente voló por los aires, justo en el instante en que el disparo se producía.

La bala se empotró en la pared. Kid cayó sobre la mesa en que estaba la única lámpara.

Ésta rodó por los suelos, apagándose. La oscuridad se hizo instantáneamente. Dos fogonazos más brillaron en el sitio en que estaban Lambert y su compinche.

Pero no podían ver a Kid. No sabían dónde tiraban.

Kid, en cambio, sí que podía guiarse, a causa de los fogonazos. Como aún tenía el «Colt», disparó dos veces. Se oyó un alarido de dolor en el sitio donde antes habían sonado los estampidos.

Pero alguien más siguió disparando.

Barrió con plomo toda la habitación.

Kid hizo fuego también, aunque no podía precisar bien dónde. Durante unos segundos, aquello fue un campo de batalla, hasta que los contendientes acabaron las balas que había en sus cilindros.

Luego se hizo el silencio, un silencio casi espantoso, en contraste con el estrépito anterior.

Kid recargó febrilmente el «Colt», a ciegas. Pero temía que su enemigo hubiera huido ya. Daba por descontado que uno estaba muerto, o al menos malherido. El otro se habría largado. Esperaba tener suerte y que el muerto fuese Lambert.

Avanzó a tientas y en zigzag. No podía arriesgarse a cometer una imprudencia y que le clavaran una bala entre las cejas.

Tropezó, cerca de la puerta, con un hombre caído.

Lo palpó con la izquierda, mientras mantenía el «Colt» preparado con la derecha, por si el otro se fingía muerto sin estarlo. Pero allí no había fingimiento posible; Kid lo comprendió al cabo de un instante. Tenía la suficiente experiencia para saber que estaba tocando a un respetable difunto.

Lanzó una imprecación en voz baja.

Las ropas que aquel tipo llevaba bastaban para identificarle. No era Lambert. Se trataba del pistolero que le había acompañado, y que estaba, además, mucho más flaco.

No se oía ningún susurro más. Lambert tenía que haber huido.

Kid repitió su imprecación.

Pero enseguida, aquel silencio le hizo recordar algo más. Marian… ¿Por qué no se oía a Marian? ¿Es que acaso había huido también?

Se acercó al sitio que antes ocupaba la muchacha y rasgó un fósforo, produciendo una llamita.

Aquello era una imprudencia, porque tal vez aquel silencio formaba parte de una trampa para acabar con él.

Por eso, al brotar la llamita, hizo girar el revólver en todas direcciones.

Pero no, no era una trampa.

En primer lugar no se veía ni rastro de Lambert. El millonario había huido al darse cuenta de que las cosas venían mal dadas para él.

Pero hubo algo que llamó mucho más la atención de Kid.

Dolorosamente.

Siniestramente.

Se quemó los dedos, sin darse cuenta, y hubo de arrojar el fósforo. Entonces encendió otro para prender la llamita de nuevo en la lámpara, que estaba en el suelo pero no se había roto.

Aquella luz casi irreal le permitió ver el cuerpo ensangrentado de Marian.

La muchacha había recibido entre las dos cejas una bala perdida, de las muchas que minutos antes habían cruzado la habitación en todas direcciones. Tenía los ojos espantosamente abiertos. La mano con el anillo de zafiro estaba como suspendida en el aire. Muy cerca de la sangre.

Kid la bajó poco a poco.

No le quitó aquel anillo que valía una fortuna. No se lo tocó. ¿Para qué? ¿Qué importaba ya todo, después de la llegada de la muerte?

Poco a poco, bajó los párpados de la muchacha.

Sintió una pena invencible al hacerlo. La había perdonado. Ya

no recordaba que fue ella la que quiso matarle, que fue ella la que le traicionó.

Se puso en pie.

Sus ojos vagaron por la estancia, donde ya no había más que muerte.

Nada tenía que hacer allí.

Salió para regresar a la ciudad. No tenía el caballo allí, de modo que iba a volver a pie. Pero eso no le importaba. El tiempo ya no tenía sentido para él. Ya no había nada que le importase…, excepto una cosa.

Instintivamente acarició su revólver.

Y fue entonces cuando oyó el ruido de los cascos de aquellos corceles lanzados al galope.

Se los encontró casi encima. No pudo ocultarse. Caso de tener los sentidos tan despiertos como otras veces, hubiera podido hacerlo, pero ahora estaba hundido, como sonámbulo. No se daba cuenta apenas de nada.

De pronto, los rayos de la luna iluminaron a los dos jinetes, que habían detenido los caballos bruscamente. Kid los reconoció, naturalmente. Eran el *sheriff* Buchanan y uno de sus ayudantes.

Buchanan tenía un rifle cruzado sobre la silla.

Le apuntaba con él.

La claridad lunar iluminó perfectamente la expresión de Kid, una expresión entre despectiva y burlona.

—Vamos, *sheriff* —murmuró—, ¿a qué espera? ¿Por qué no termina con esta pesadilla de una vez? Apriete el gatillo y liquídeme. No voy a tratar de defenderme.

Buchanan apretó los labios.

—Kid, le parecerá mentira, pero no voy a disparar.

—¿Por qué?

—No tengo nada contra usted.

—No le entiendo, *sheriff*.

—Se lo explicaré… No sé si estoy soñando, pero creo que no. Y hace unos instantes se ha cruzado conmigo un jinete que huía como alma que lleva el diablo. Lo he visto bien. Estoy seguro de que era Lambert.

Kid asintió, pero sin que su expresión cambiara.

—Sí, era Lambert. ¿Y qué?…

—Por tanto, usted no lo mató.

—Creí haberlo matado, pero ahora comprendo que sólo le dejé malherido. Y él fue lo bastante astuto para ocultarse, desaparecer, hacer que le diesen por muerto y lograr así que me condenaran a la cuerda.

Kid parpadeó.

—Pero entonces… Entonces la sentencia que le condenó no sirve para nada, Kid. Es como si no hubiera sido pronunciada nunca. Usted está libre. Yo no tengo fuerza legal para perseguirle y no lo haré.

—¿Y los hombres a los que he matado en la ciudad de Meridian? ¿No tiene nada que decir a eso, *sheriff*?

—Eran asesinos profesionales. Estaban conjuntados para matar a Grant y Lee y hacer fracasar las conversaciones de paz. No hay por qué lamentar su muerte.

Kid sonrió ásperamente.

—Tampoco tendrá que lamentar la de Lambert.

—¿Qué quiere decir?

—Sólo eso: que tampoco tendrá por qué lamentar la de Lambert. Él es el jefe de esa sucia cuadrilla; él lo ha organizado todo. Aunque sea la última cosa que haga en esta vida, acabaré con él.

—¿Piensa matarlo?

—Lo he dicho con bastante claridad, ¿no?

—Pero, entonces…, ¡entonces se hará digno de la condena que le impusieron! ¡No podrá probar que Lambert era el jefe de esa conspiración! ¡La sentencia de muerte recobrará todo su vigor!

—Las sentencias de muerte me gustan —dijo, sombríamente, Kid —. Sobre todo, ejecutarlas.

—¡No sea loco! ¡Sálvese ahora que puede, maldita sea! ¡Yo declararé haber visto vivo a Lambert y todo quedará resuelto! ¡Si él es el jefe de la conjura, yo mismo me encargaré de matarlo! ¡Pero usted huya! ¡Olvídese de esto!…

—Hay hombres a los que no puede matar cualquiera —dijo Kid, con claridad—. Hay hombres a los que sólo puede matar un determinado hombre.

Y volvió la espalda para alejarse.

Buchanan alzó el rifle instintivamente. Estuvo a punto de disparar. Sintió la casi irresistible tentación de perforar al menos

una pierna de Kid, para inmovilizarle.

Pero bajó los brazos poco a poco.

No, él no tenía derecho a disparar en este caso. Y menos contra un hombre que estaba de espaldas.

Cuando quiso reaccionar, Kid ya había desaparecido.

Buchanan lanzó una maldición.

Pero no le persiguió. Buchanan era también un hombre del Oeste. Buchanan comprendía muchas cosas.

Bajó el rifle poco a poco.

CAPÍTULO XIV

No se veía a nadie en las calles de la ciudad. Diríase que la gente mascaba la tragedia, que se adivinaba lo que iba a ocurrir.

Los porches estaban vacíos.

No brillaban apenas luces en ninguna parte.

Y sólo una lámpara mortecina relucía a la entrada del saloon, habitualmente tan bien iluminado.

Kid avanzaba poco a poco por aquellas calles vacías.

Con todos los nervios en tensión.

Con la derecha sobre el revólver.

Lambert podía estar en cualquier parte. Podía estar oculto en una cuadra o en una perrera. Podía beber en el saloon, esperando. Podía estar acechando con un rifle en cualquiera de los tejados.

Kid alzaba de vez en cuando la mirada.

Escrutaba la línea de los tejados uno tras otro.

Pero no se veía nada.

Ni el volar de la hoja de un árbol.

Escrutaba también las ventanas del hotel, desde donde su enemigo podía estar acechando.

Pero no sucedía nada.

Quizá Lambert había huido ya. Quizá él estaba perdiendo el tiempo.

Pero algo le decía que Lambert continuaba allí, porque al esbirro no le convenía huir. Más allá de Meridian estaba la zona de guerra, donde corría peligros mayores que en la ciudad. Además, si huía no podría justificar su actitud ante los socios de «altura», que, indudablemente, tenía en aquella empresa diabólica.

Y el odio entre él y Kid era ya demasiado intenso.

Llegarían a chocar. Tratarían de matarse.

Kid estaba seguro.

Pero también estaba seguro de que Lambert no chocaría cara a

cara con él, sino que trataría de matarle a traición.

¿Dónde estaba? ¿Dónde se ocultaba aquel perro rabioso?

Kid llegó ante el saloon, alumbrado sólo por la lámpara vacilante.

Entró en él.

Quizá los camareros habían visto algo. Un saloon es un sitio donde uno se entera de todo. Era posible que le dieran una pista del fugitivo.

El interior estaba tan mal iluminado como el exterior. Aquello no parecía un saloon, sino un cementerio. Parecía increíble que allí se hubieran desarrollado los grandes y clamorosos éxitos de Irma. Ahora el escenario estaba vacío y no se oía ni el vuelo de una mosca. El único habitante del local parecía ser el dueño, que limpiaba nerviosamente vasos al otro lado del mostrador.

Kid musitó:

—Hola, amigo.

—Buenas noches, señor.

—Quiero pedirle una información.

—Usted dirá.

—¿Ha visto a Lambert?

—No sé quién es Lambert.

—Un tipo gordo y bien vestido.

—Hay…, hay muchos así, señor.

—Está bien. Gracias.

Y Kid fue a irse, pero el dueño del saloon murmuró:

—Señor…

—¿Qué pasa?

—¿Por qué no bebe un trago?

—¿Y por qué habría de beberlo?

—Creo que le sentará bien. Vamos, la casa invita.

—De acuerdo, una copa no le sienta mal a uno cuando va a jugarse la piel póngame el mejor *whisky* que tenga.

—Claro que sí, señor. Cuando yo invito, invito en grande.

Y sirvió a Kid una buena copa. Pero la mano del dueño temblaba.

Kid musitó:

—¿Por qué?

—¿Qué…, qué trata de decir, señor?

—¿Por qué tiembla? ¿Está aquí Lambert? ¿Está en alguno de los palcos del piso superior? ¿Le ha pagado o le ha amenazado para que me tuviese quieto aquí?

—Pues…, pues…

—Diga la verdad.

El otro bisbiseó:

—No quisiera que me oyese. Está… en el primer piso. Pero si usted se coloca junto a aquella botella, no podrá alcanzarle.

Kid sonrió.

—Vaya… El tipo es astuto. Gracias, amigo.

Y tomó la copa, caminando unos pasos a lo largo de la barra, sin prisa, para situarse junto a una botella depositada allí, como el dueño le había indicado.

Bisbiseó:

—De modo que arriba…

—Sí…, señor.

Kid sonrió. Alzó la copa. Fue a beber. Y de pronto sus facciones se crisparon y la arrojó al otro lado de la barra, mientras emitía un rugido y se lanzaba de costado y hacia atrás, volcando una de las mesas.

Los disparos cruzaron el aire.

Pero no llegaron del primer piso, sino… ¡atravesando la delgada madera de la barra!

¡Lambert estaba allí, agazapado! ¡Casi junto al dueño! ¡Disparaba sin ver a Kid, pero sabiendo la posición exacta en que éste se colocaría!

¡Sus balas, enviadas de abajo arriba, tenían que haberle atravesado el vientre y el pecho!

Menos mal que Kid había intuido aquello, sospechando que si el dueño le daba una pista era porque la verdad estaba en el lado contrario.

Las balas pasaron inútilmente sobre su cabeza, pero Lambert vio perfectamente, en cambio, los agujeros de las balas en la barra. Sabía dónde estaba su enemigo. No tuvo más que apretar el gatillo para ejecutarle.

Envió al aire cuatro balas. Y se oyeron cuatro aullidos de dolor. Lambert dio un terrible brinco, mientras desesperadamente trataba de llegar hasta la puerta.

A Kid aún le quedaban dos balas.

Y las gastó.

¡De qué modo!

La primera atravesó el corazón de Lambert. La segunda, la nuca.

Cuando el fugitivo no era más que una piltrafa sangrante cruzada en el umbral, Kid recargó su revólver y avanzó hacia el dueño del saloon.

Éste temblaba espasmódicamente.

Unas tragicómicas gotas de saliva le resbalaban de entre la boca entreabierta.

—No…, no me mate —balbució—. Él me amenazó… Me estaba apuntando cuando hablé con usted. Lo tenía casi entre las piernas… No podía resistirme… Me dijo lo que tenía que hacer…

Kid hizo girar hábilmente el revólver entre sus dedos.

No disparó.

Simplemente, propinó un terrible culatazo entre los ojos del tabernero, mientras le escupía en la cara.

Luego, se dirigió a la puerta.

Pero no llegó a salir.

El *sheriff* Buchanan estaba en el umbral, casi encima del cadáver, con la mano en la culata y mirándolo, todo.

Entrecerró los ojos.

—¿Ha sido usted, Kid?

—Sí.

—¿Se da cuenta de que…?

—Me doy cuenta de una cosa, Buchanan: de que me ofrecieron libertad si deshacía esa banda. Pero yo no necesito la libertad. He matado a Lambert y debo ser sometido a juicio de nuevo. Puede detenerme, *sheriff*… Puede cumplir con su deber.

Buchanan le miraba fijamente.

Buchanan tenía aún la mano sobre el revólver.

Y Buchanan masculló:

—No le conozco, Kid. No le he visto nunca por aquí. Usted es un tipo cuyo nombre ni siquiera he llegado a oír. Me he vuelto ciego y sordo. Lárguese. A Lambert lo ha matado un desconocido.

Kid también miraba fijamente al *sheriff*.

Una indefinible, una inescrutable sonrisa flotaba en sus labios.

Pero sus ojos de acero seguían impasibles.

—Gracias…, amigo.

Y salió de allí. No había llegado a la calle cuando oyó la voz del *sheriff*, quien le decía algo que curiosamente estaba pensando él mismo.

—Eh, usted, individuo sin nombre… Vaya al hotel a buscar a una chica. Seguro que quiere cantarle una canción. Pero ésta será distinta.

Kid susurró:

—Seguro…

Y, en efecto, siguió andando. Hacia el hotel.

FIN

NOTAS

[1] Grant —que luego sería presidente de Estados Unidos—, y Lee, fueron los que firmaron la paz de Appomatox, poniendo fin a la guerra de Secesión norteamericana, que duró de 1861 a 1865. Grant representaba al Norte, y Lee a la Confederación del Sur. < <